

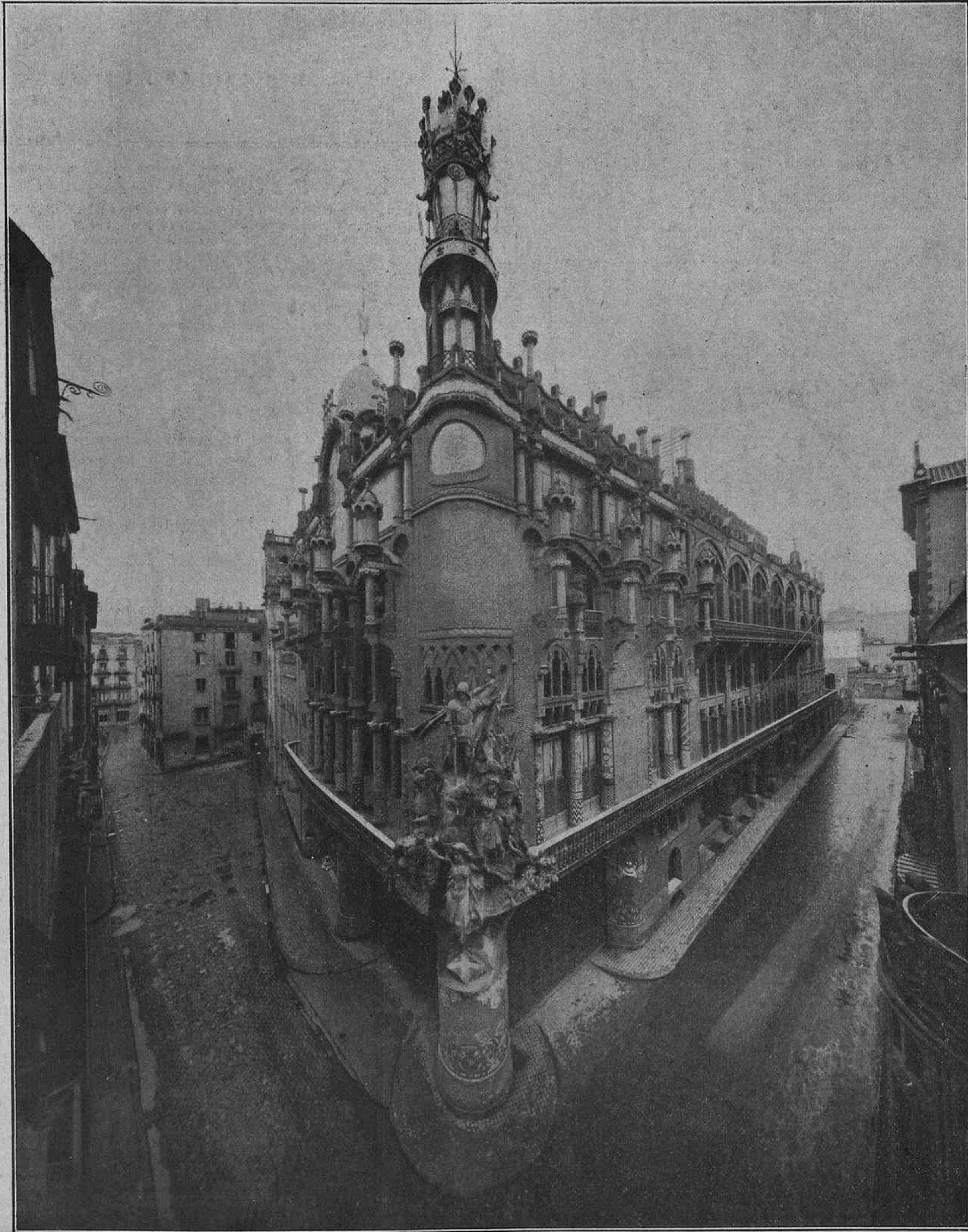
La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 20 DE MARZO DE 1916 →

Núm. 1.786

FOTOGRAFÍA NOTABLE DE NUESTRO REPORTERO A. MERLETTI



Barcelona. — Vista del edificio del ORFEÓ CATALÁ obtenida con placa directa, sin composición ni retoque y abarcando un ángulo de 160 grados. Esta vista es la primera que ha podido tomarse de la esquina que forma el edificio, por las dificultades que ofrece la falta de espacio en aquel lugar y constituye, por consiguiente, una obra notable del arte fotográfico.



Renaud Germain

PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el español

MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

Renaud Germain



Barcelona.



Juventud eternizada,
piel rebosando frescura,
ser de todos admirada:
se obtiene con **PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**
BARCELONA

MUEBLES de junco y médula fina

MARCA

ME PNE

REGISTRADA



Fábrica sin sucursal

Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. - Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. - Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. - BARCELONA

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS
ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO
DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

PROBLEMA NÚM. 25. LEMA: «ANNY (b)»

NEGRAS (9 PIEZAS)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8					♔				8
7	♙						♗		7
6		♘							6
5	♖							♙	5
4			♕		♗		♔	♖	4
3		♘		♘			♗	♗	3
2									2
1								♖	1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

NOTA. Este problema fué presentado en dos formas: la presente y la que sigue.

PROBLEMA N.º 25 (a). LEMA: «Anny». - BLANCAS: R g 8, D b 8, A d 4 y g 4, C c 3 y d 6, P f 3 y h 2 (8 piezas). NEGRAS: R f 4, T a 5 y e 1, A a 6, C a 8 y h 3, P e 7, d 5, f 6, g 5 y g 6 (11 piezas). Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 24. LEMA: «EXCELSIOR»

1. T h 3 - c 3, b 4 x c 3	2. C d 5 x c 7, etc.
T a 1 - c 1	2. A f 8 x b 4 jaq., etc.
c 7 - c 5	2. T c 3 x c 5 jaq., etc.
e 6 x d 5	2. T c 3 - c 6, etc.
Otra jugada	2. T c 3 - e 6, etc.

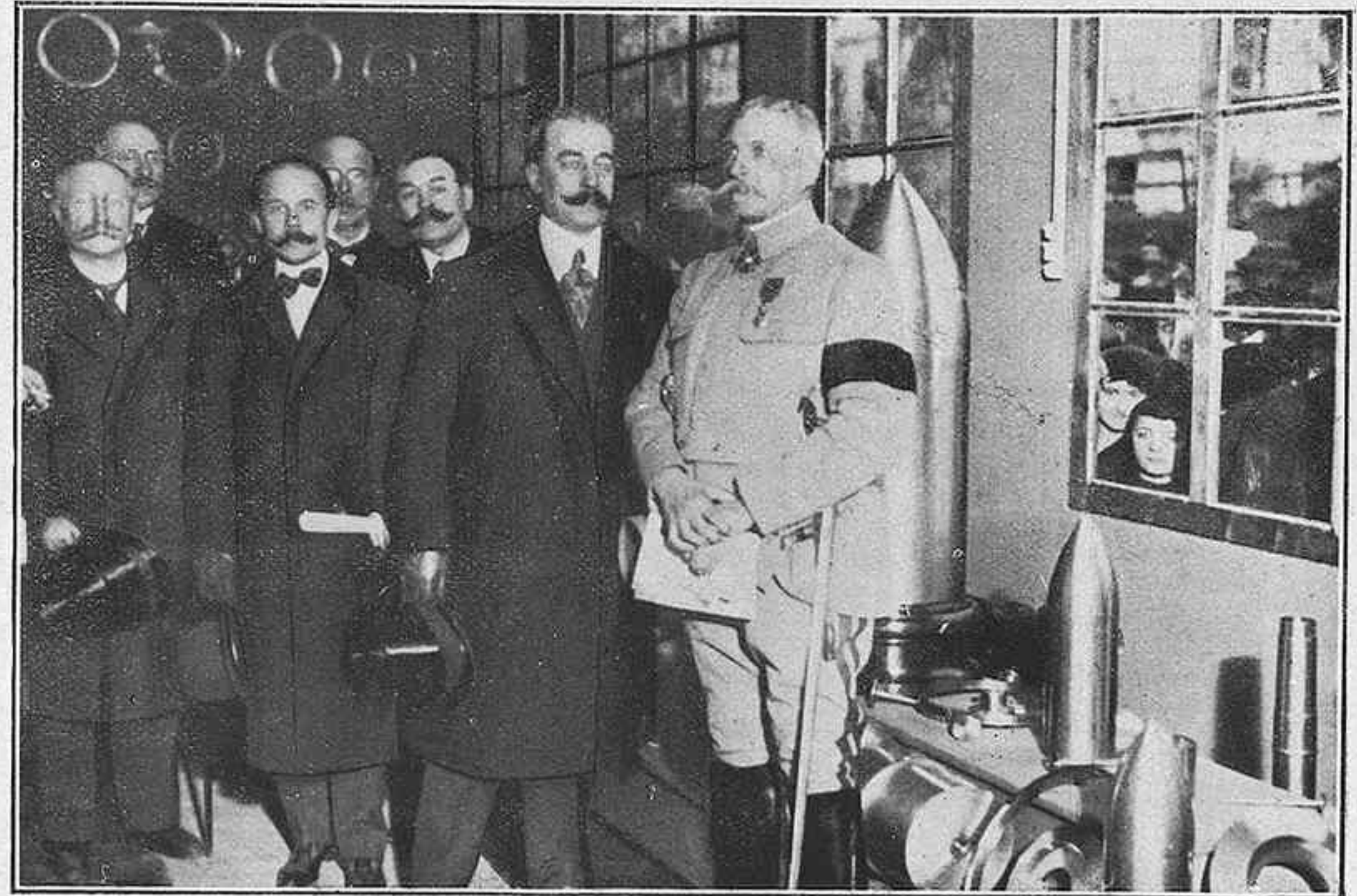
La Ilustración Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 20 DE MARZO DE 1916

NÚM. 1.786

UNA OBRA DE PAZ EN PLENA GUERRA. - LA FERIA DE LYÓN



Los señores Clementel, ministro de Comercio; Herriot, alcalde de Lyon, y Rault, prefecto del Ródano, en el acto de la inauguración oficial de la Feria. (De fotografía de Rol.)
El ministro Sr. Clementel y el general d'Amade visitando las instalaciones de las Forjas de Commentry, Fourchambault y Decazeville. (De fotografía de Branger.)



Vista general de las barracas de la Feria solemnemente inaugurada en Lyon el día 1.º de este mes. (De fotografía de M. Rol.)

La feria de Lyon ha sido organizada con objeto de atraer a Francia al comercio mundial que antes acudía a efectuar sus compras en la famosa feria de Léipzig, y ha obtenido un éxito extraordinario. A ella han acudido 1.000 expositores, y las ochocientas instalaciones por éstos montadas ofrecen a los compradores toda clase de productos de las industrias más variados, desde el bibelot al automóvil, desde las joyas a los aparatos eléctricos, desde los artículos de deporte a las más complicadas máquinas.

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El vestido largo*, por Federico Trujillo. — *La guerra europea*. — Madrid. *Estreno de la ópera «Thais»*. — *El general Lyautz en Madrid*. — Madrid. *Notas de actualidad*. — Barcelona. *Reparto de premios a los somatenes*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *El barón de Busberg*. — *El eminente actor francés Mounet-Sully*. — *El arzobispo de Valencia Dr. D. Valeriano Menéndez Conde*. — *Hundimiento en Melilla*. — Barcelona. *Exposición Larroche*. — Dibujo de Mas y Fondevilla, ilustración al cuento *El vestido largo*. — *Retrato de las señoritas Wyse*, obra de Juan Munnich. — *Frescos pintados por Frank Brangwyn en la capilla del «Crist's Hospital» de Londres*. — *Notas gráficas de actualidad de Madrid, Barcelona y Melilla*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Se discute todavía si la autoridad hizo bien en suprimir la *rúa*, durante los dos últimos días de Carnaval; si era lícito y conveniente darles por el gusto a los revoltosos que querían turbarla y salieron al fin con su propósito de aguar la fiesta... Yo opinaría como los que censuran la prohibición si tuviera el convencimiento de que la asistencia a la *rúa* implicaba un acto de civismo, por parte de quienes deseaban su continuación, antes que un acto de inconsciencia. Si realmente el punto de vista general hubiese consistido en oponerse de una manera deliberada al empeño de una minoría de alborotadores, reivindicar la libertad de la calle y hacer frente de una vez al intolerable matonismo que la pone en entredicho, entonces la cuestión no tendría vuelta de hoja. Hace demasiado tiempo que dura el artificio para que no esté obligado todo el mundo a acabar con él.

Pero, ¿se trataba de este caso? He aquí la duda. La vida española, la vida barcelonesa, se van haciendo tan complicadas y tan difíciles de seguir paso a paso, que los conflictos y las contrariedades se nos echan encima por sorpresa, sin que nadie los haya previsto, sin que nadie haya explorado el horizonte o, mejor dicho, sin que nadie se preocupe de las divagaciones de cuatro solitarios que se imponen alguna vez esta función desagradable e importuna. Lo que deseamos todos es divertirnos, ganar dinero, que las cosas vayan bien y no recibir malas noticias. ¿Cómo? Pues, por obra de la divina Providencia: sin esfuerzo personal, sin colaboración privada, sin asistencia del espíritu público, porque sí. Enterarnos menudamente de lo que se agita en el fondo, mirar cara a cara la adversidad, medir los peligros y adecuar a ellos nuestro ánimo y resistencia, nuestros medios defensivos y nuestra previsión, todo esto parece vedado a la índole meridional e inquieta de los españoles, nunca preocupados del mañana.

He aquí lo que ocurrió con las subsistencias, hace un año o un año y medio. No faltó entonces quien denunciara al país los daños que se avecinaban y la urgencia de aminorarlos en tiempo oportuno, con medidas de cautela y preparación para días peores; pero como los vaticinios no se cumplieron en seguida, como el repuesto de frutos de la tierra y de manufacturas que estaban en el comercio duraban todavía y no se dejó sentir de momento su escasez, tampoco se prestó crédito a los agoreros que se empeñaban en turbar nuestra digestión, y aun se les reconvino alguna vez de fantásticos y pesimistas. Pero han transcurrido doce, quince, veinte meses; el *stock* comercial se ha agotado; dos grandes marinas mercantes, la de Alemania y la de Austria-Hungría, quedaron instantáneamente paralizadas por la declaración de guerra; las flotas mercantes de Inglaterra, de Francia, de Italia, de Rusia han sufrido una reducción importante, bien por los accidentes de la lucha, bien por requisa al ser aplicados muchos buques a servicios de carácter militar; veinte millones de hombres, es decir, la población viril y trabajadora de los grandes pueblos europeos, empuña las armas; una zona inmensa de nuestro continente sufre la parálisis de su producción y el azote de la contienda; la red ferroviaria está interrumpida o rota en mil puntos y por ende las mercancías no se reponen en la proporción de antaño ni pueden ser distribuidas las que restan con la indispensable normalidad de tiempo y de flete.

Y de ahí la asfixia, que se ha dejado sentir casi de una vez, instantáneamente, al agotarse la existencia comercial o flotante; la cual supone a lo sumo un año o dos de anticipo. Durante este tiempo Europa ha vivido de sus reservas como el cuerpo robusto a costa del tejido adiposo durante la enfermedad. Pero las reservas se agotan, el tejido adiposo se consume, y no hay ya que contar más que con lo que se produce y se ingiere al día, o con la extenuación y los desarreglos circulatorios. Todo esto se vió claro y fué

dicho por algunos hace veinte meses, cuando todavía era el momento de defenderse desarrollando una política de precaución tan elemental y primitiva como fué la de Faraón, en tiempo de José, mil quinientos o mil seiscientos años antes de Jesucristo, cuando los siete de abundancia y los siete de escasez. Trabajo perdido. Como lo es ahora el de anunciar que las cosas no llevan trazas de arreglarse y se irá acentuando esta asfixia, en progresión geométrica por ventura, hasta el fin de la guerra.

Como signo general de semejante falta de meditación basta ver lo que ocurre, aun bajo las circunstancias más críticas. El otro domingo nos hallábamos como quien dice en plena huelga general y con una del ramo de construcción que dura hace meses. Se daban en Barcelona dos corridas de toros; y una en la nueva Plaza Monumental y otra en las Arenas; se daban además otros veinte o veinticinco espectáculos teatrales, de cine, de *varietés*, de música. Las corridas de toros obtuvieron un lleno colosal: unos 18.000 espectadores en la nueva plaza, unos 14.000 en las Arenas. Junto a las taquillas y a las puertas de ingreso de los teatros agrupábanse grandes colas de gente. Los tranvías circulaban llenos a rebotar; llenos estaban también los cafés; sus *terrasses* sobre la acera no podían contener más consumidores; a la hora del desfile, la Gran Vía y el Paseo de Gracia ofrecían un espectáculo imponente. Nadie hubiera pensado en un momento de depresión, sino en un momento de exaltación y triunfo para un pueblo. ¿Qué significa esto? ¿Prosperidad, estoicismo, ignorancia de la verdadera situación?

No sabría decirlo. Lo único que me atrevo a afirmar es que a la gente le repugna enterarse de los asuntos, que se siente fatigada y como hastiada de la complejidad misma de los problemas que más le interesan. Todo el mundo desea que le dejen en paz. Durante quince años ha sido tal la plétora de acontecimientos y actividades públicas, que la simple curiosidad ha muerto en el mayor número. No hay cabeza bastante firme para seguir ese movimiento ni prestar atención al cúmulo de reuniones, mítines, conferencias, discursos, mensajes, escritos y manifestaciones sociales de toda especie. A ciento cincuenta, doscientos y doscientos cincuenta actos por domingo suele ascender la estadística; y el registro de asociaciones va creciendo todos los meses. Pero con estos signos externos de actividad, de animación y de vida pública intensa, coinciden aquellos otros, más íntimos y, tal vez más veraces, de fatiga y anhelo de simplificación.

Desde hace un año obsérvase en Barcelona una notable afluencia de hispanoamericanos. Está a punto de llegar, o ya habrá llegado al aparecer esta crónica, uno de los vapores de nuestras líneas abarrotado de distinguido pasaje procedente de la Argentina y otras repúblicas del nuevo continente. Cuando se declaró la guerra fueron concentrándose en España y principalmente en esta ciudad gran número de americanos sueltos y de familias enteras a quienes la conflagración sorprendió viajando por Europa. Los que residían habitualmente en París, como los que andaban dispersos por Italia y Suiza, se replegaron y dieron cita en la Península, para no hallarse cercados por las operaciones, para tener en todo instante expedito el regreso a la patria.

Sin tal contingencia muchos de aquellos viajeros hubieran pasado de largo, sin detenerse en España, sin aprovechar su expedición a Europa para conocer la vieja metrópoli, la tierra de origen, el solar de sus abuelos. Atraídos por la moda a otros centros de mayor brillo mundano o social, reclutados por un anuncio o *réclame* mejor entendida y cultivada que la nuestra, no solían acordarse gran cosa de las bellezas naturales e históricas de nuestro país, ni aun el grito de la sangre despertaba en ellos la curiosidad del parentesco latente. La casualidad y la conveniencia lo han dispuesto de otro modo a contar de la guerra, y no pocos dan gracias a Dios por haberles hecho conocer accidentalmente lo que de otro modo no hubieran visto nunca. No hace mucho tiempo que, para saludar a uno de esos visitantes, estuve en el hotel donde se hospedaba. Invitado a comer allí, quedé sorprendido de la concurrencia, del buen tono, del número de elegantes damas y señoritas que poblaban las mesas, y de la satisfacción que rebotaba de las conversaciones, en el salón de fumar, por haberse dado con una residencia tan agradable y tan insospechada de algunos como nuestra Barcelona.

Y, en efecto, si ciudad existe en Europa donde los hispanoamericanos puedan vivir la vida del viejo mundo sin perder el contacto con las fiebres y actividades del nuevo; donde se combinen los dos ideales y encuentren su confluencia; donde el rápido

crecimiento material recuerde el de las grandes urbes ultramarinas, esa ciudad es indisputablemente Barcelona, parador y posada insustituible de nuestros primos de allende el Atlántico. Las remociones de la guerra han dado origen a esas visitas de que hablo y que de otra manera no hubiéramos recibido. Desde allí se disponen muchos a venir a España y tomarla como centro de sus vacaciones y de sus correrías europeas, y todo hace presumir una nueva intensificación de la corriente, en mal hora abandonada o tal vez no bien sostenida desde aquí, por negligencia y distracción.

Acaban de aparecer reunidas, en un fuerte volumen de 750 páginas, las tareas del VIII Curso Internacional de Expansión Comercial que tuvo efecto en Barcelona de julio a agosto de 1914. Se trata de las lecciones y conferencias que se dieron en dicho Curso, celebrado por primera vez en España, bajo los auspicios de la Sociedad Internacional para el Fomento de la Enseñanza Mercantil y con el patronato de S. M. el Rey.

En nada cede el que aquí se celebró, de los que le habían precedido en el extranjero y aun se puso especial cuidado en que pudiese sostener dignamente la comparación con ellos, por obvias razones de patriotismo. El concienzudo secretario de la Cámara de Comercio, D. Bartolomé Amengual, director del Curso expresado, puso a contribución todas sus dotes de talento, previsión y seriedad así para atender debidamente a los extranjeros, como para que la distribución de materias y la manera de tratarlas en las explicaciones constituyesen un verdadero resumen de la geografía vital de nuestro país y diesen del mismo una sensación que, ahora a la vista de este volumen titulado *España económica, social y artística*, creemos que no se había dado nunca.

El Sr. Amengual, en el notable prólogo puesto a la colección, explica con claridad y elegancia la historia de la indicada iniciativa y, con frases llenas de emoción, relata cómo vino a interrumpirla de un modo memorable, en plena actividad y a lo mejor de los agasajos dedicados a nuestros huéspedes, la fulminante noticia de la guerra, por resultas de la cual quedaron incomunicados con sus países muchos de los asistentes, corrieron otros a incorporarse a filas y corrieron los demás aventuras y penalidades sin cuento, antes de verse restituidos a sus hogares y a sus deberes de patriotas.

Fué el Curso de Barcelona el más concurrido de los ocho que hasta ahora lleva celebrados la Sociedad Internacional. Concurrieron a él 17 alemanes, 1 argentino, 13 austriacos, 17 belgas, 2 brasileños, 1 canadiense, 1 colombiano, 1 croata, 2 dinamarqueses, 101 españoles, 1 finlandés, 8 franceses, 2 griegos, 21 húngaros, 6 italianos, 1 noruego, 1 paraguayo, 2 serbios, 31 suecos, 1 turco, 1 uruguayo. El total de los asistentes fué de 132, cifra la más alta que se ha obtenido, pues a ella no llegaron los cursos anteriores celebrados en Lucerna, Mannheim, El Hare, Viena, Londres, Amberes y Budapest.

Para dar idea de la importancia real del libro bastaría ofrecer el sumario de las lecciones o conferencias recopiladas en él, y la lista de sus autores; mas no tengo espacio para tanto. Limitaréme a decir que casi todas las materias tratadas constituyen verdaderas organizaciones de cosas inéditas y sin método antes del curso que han sido reducidas por primera vez a disciplina y claridad: estudios-resúmenes de la geografía de España en sus aspectos físico, político, histórico, de arte, de costumbres, de psicología, de producción y de especialidad dentro de cada rama de esa producción, confiados a especialistas de competencia.

La mayor parte de los trabajos se publican en francés, como fueron leídos o pronunciados, y a muchos de ellos acompaña una copiosa información gráfica que los hace doblemente interesantes. Y el conjunto, de cuya confección material se ha cuidado el Sr. Rucabado, constituye un verdadero honor para los organizadores y para Cataluña, digno de que en él se fijen no ya sólo comerciantes y profesores mercantiles sino todas las personas cultas, todos los patriotas que anhelan días mejores para nuestro país y quisieran verlo figurar dignamente al lado de los más cultos y prósperos de la tierra.

MIGUEL S. OLIVER.



EL VESTIDO LARGO (ESCENA DEL HOGAR), POR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Mas y Fondevila



La modista habla febrilmente sin descanso mientras va vistiendo a Fifi...

Doña Amelia. — Señora de unos cincuenta años, que lleva muy bien, pues aun conserva restos de la esplendorosa belleza de su juventud. Sin embargo, tiene los cabellos blancos.

Fifi. — Hija de doña Amelia y encantadora criatura de dieciocho abriles, aunque su corta estatura y su carita de muñeca de biscuit la hacen aparentar menos edad y le permiten vestir todavía la falda tobillera. En sus ojos azules se adivina el candor de sus pocos años y en sus labios de clavellina roja aletea constantemente una sonrisa ingenua, reveladora de su genio alegre.

Madama. — Modista francesa. Edad, 40 años.

Patro. — Aprendiz de la modista. Madrileña de pura cepa.

Una doncella. — Joven y elegante como todas las doncellas de comedia.

Es la tarde de un día de primavera. Desde el mirador de la sala de artesonados techos y suntuosamente amueblada, se divisa el jardín señorial, con sus fuentes quietas que reflejan en sus espejos los arboles crepusculares. Los rojos matices de la tarde inundan las copas de los árboles, recortados caprichosamente por la tijera del jardinero, y doran las sendas que se abren entre alfombrillas de césped y cuadros de boj, formando parterres de arbolitos geométricos. Bajo la placidez del dombo del cielo nacarado, pían los pájaros en la fronda, Es una tarde milagrosa, de reposo, de amar y de esperanza. Tarde del mes de mayo en que las vírgenes eucarís-

ticas van a ofrendar sus flores a la madre del Divino Jesús. Y esta paz del jardín y del palacio sólo es turbada por el lejano campanilleo de los tranvías de Recoletos y la Castellana. Doña Amelia, que tiene aún en sus manos el Kémpis, sentada en un sillón de junquillo, cerca del mirador y al lado de una mesita de laca, toma el té de la tarde en compañía de Fifi, a la que contempla entre severa y sonriente. Fifi sonríe escuchándola, sonríe al contestarla, sonríe siempre, y parece formada con oro y nácar, nieve y marfil. Es la risa hecha carne.

DOÑA AMELIA (*en tono de dulce reproche*). — Y dime, hija mía, ¿cuándo vas a tener formalidad?
FIFI. — ¿Para qué?

DOÑA AMELIA. — ¿Para qué?. ¿Y tú me lo preguntas?. Para vivir en el mundo. Tu perpetua risa te está haciendo perder el tiempo lastimosamente.

FIFÍ. — ¿Y qué quieres que le haga, mamá? Cada día me parecen las cosas de este *bajo mundo*, que diría mi padre espiritual, más dignas de tomarlas a broma. Ya ves, ayer me contaron que Irene Ruiz se había casado con D. Frutos, ese señor rico que tiene tres o cuatro tiendas de ultramarinos, y me estuve riendo hasta que me dejaron por imposible.

DOÑA AMELIA. — ¿Y por qué?

FIFÍ. — ¿No es para reirse, mamita? ¿Has visto algo más absurdo? Irene, la romántica Irene, que se burlaba siempre de los señores gordos que tenían tiendas... y sabañones, casarse con don Frutos..., D. Frutos Coloniales, como le llamo yo.

DOÑA AMELIA. — Sí; y que el remoque se ha corrido entre todas tus amistades. Ya no le conocen por otro nombre al pobre señor.

FIFÍ. — No lo puedo evitar. Siempre veo el aspecto risible de las cosas. Es una fatalidad como otra cualquiera.

DOÑA AMELIA. — Pues es necesario que te enmiendes. Hoy viene la modista a probarte tu primer vestido largo y no es cosa de que sigas comportándote como una niña.

FIFÍ. — ¿Y qué soy, mamá? Sólo tengo dieciocho años y gracias a mi estatura puedo aparentar dos menos todavía. Bien me duele dejar el vestido corto y que me presente usted en los salones. Desde hoy, adiós mi alegría ingenua, mis juegos infantiles, el encanto de mi vida despreocupada. Al vestirme de largo me parece que cortan las alas a todas mis ilusiones.

DOÑA AMELIA. — A tu edad, Fifi, no sólo vestía yo de largo, sino que tenía los novios a montones, y tres años más tarde me casé con tu padre.

FIFÍ. — ¡Ah, pretendientes no me faltan!. Ahora que yo no hago caso a ninguno.

DOÑA AMELIA (con mucha curiosidad). — ¿Y quiénes..., quiénes son?..

FIFÍ. — Pues verás. Uno es el señor barón de Mejorana, ese señor tan viejo que parece que está embalsamado.

DOÑA AMELIA. — Eso sí; como viejo lo es. Creo que nació el año del cólera.

FIFÍ. — ¡Ay, mamá!, ¿dónde habrá estado tanto tiempo?

DOÑA AMELIA. — Lo habrán tenido en conserva como los boniatos.

FIFÍ. — ¿Lo ves, mamita? A ti también te gusta murmurar. De tal palo tal astilla.

DOÑA AMELIA. — Sólo que yo murmuré un poquito y dentro de su punto y sazón. Además, tú me contagias y me haces perder la formalidad.

FIFÍ. — Pues entonces prosigo. Otro de los pretendientes es Varguillas.

DOÑA AMELIA. — Mira: es un partido que no me disgusta. Bueno, trabajador, tiene una fortuna saneadita. Si no fuera tan rechoncho y pequeñín...

FIFÍ. — ¡Sobre todo, pequeñín! Siempre que lo veo me entran ganas de cogerlo por las solapas de la americana y ponerlo en el despacho de papá, encima de la mesa.

DOÑA AMELIA. — ¡Qué locura!

FIFÍ. — ¡Así! Para que sirva de pisapapeles.

DOÑA AMELIA. — ¡Qué ocurrencia! Vamos a ver: preséntame otro pretendiente.

FIFÍ. — Martínez. Un novio ideal para una cursi. Sabe el lenguaje de las flores, escribe cartas en verso como los horteros y es un oso incansable. ¡No he visto en mi vida lechuguino más perfecto!

DOÑA AMELIA. — Según dicen toca el violín con mucho sentimiento.

FIFÍ. — Sí, mamá; con mucho sentimiento... de todo el que le escucha. ¿Sabes cómo le llamamos en la tertulia de mis amigas? El bachiller Corchea.

DOÑA AMELIA. — ¡Sois el diablo!

FIFÍ. — ¿Qué quieres? Hay que pasar el rato. Pequeñas burlas, pecadillos veniales que se perdonan con golpes de pecho, con oraciones y limosnas. Ya ves: la semana en que más critico la conocen mis pobres... porque les subo el sueldo.

DOÑA AMELIA. — No todo ha de ser malo. Oye, hija; y al hablarme de tus presentes novios, ¿por qué no te has acordado de Ramírez, el arquitecto?

FIFÍ. — Un viejo que quiere disimular su vejez y

hace el pollo; pero yo le he visto los espolones.

DOÑA AMELIA. — ¡Ah! Pues tiene una figura muy gallarda.

FIFÍ. — ¡Por Dios, mamá! Tú no te has fijado bien en la cabeza de Ramírez. Lolita Bullones asegura que le toman la medida del sombrero con una serpiente.



Retratos de las señoritas Wyes, obra de Juan Munnoch (Exposición de la Sociedad de Artistas Escoceses, Edimburgo.)

DOÑA AMELIA (riendo). — Por fin has conseguido hacerme reír. ¿Y no tienes ningún pretendiente más?

FIFÍ. — Ninguno.

DOÑA AMELIA. — ¿No me engañas?

FIFÍ. — ¡Te digo que no, mamita!..

DOÑA AMELIA. — Algún doncel gallardo de esos que pintan en las novelas de folletín.

FIFÍ. — ¡Ni en las de folletón!

DOÑA AMELIA. — ¡Algo me ocultas, nenita! Tú no me dices verdad.

FIFÍ (ruborizándose). — ¡Mi palabra!

DOÑA AMELIA. — ¿Y no sientes inclinación por alguno?

FIFÍ. — Me conservo en la más completa neutralidad. ¡El amor me da miedo!

DOÑA AMELIA. — ¿Tú, que entiendes de amor?

FIFÍ. — Ya lo creo, mamita. «Hoy las ciencias adelantan — que es una barbaridad» — como dicen en *La Verbena de la Paloma*. Cuando voy al cine con miss Tenant, me fijo mucho en las películas amorosas y ya sé cómo se hace el amor en todo el globo terráqueo.

DOÑA AMELIA. — ¡Tiene gracia!

FIFÍ. — Son conferencias de amor con proyecciones.

DOÑA AMELIA. — Lo cierto es que sigues siendo una muñeca y que vives sólo de ilusiones y mentiras.

FIFÍ. — ¿Pero es que hay alguno que posea la verdad? ¿La posees tú acaso?

DOÑA AMELIA. — Tienes razón. (Con tristeza.) Los que vamos para Villavieja nos olvidamos de aquel aforismo que dice: «En la tierra no hay más verdad que la muerte.» Eso lo dijo...

FIFÍ. — Algún atacado de reuma crónico. Déjate de tristezas, mamá; que esas cosas son para decirlas con bonete y gafas.

DOÑA AMELIA (descorriendo un gran portier). — Señora; aquí está la modista.

DOÑA AMELIA (en voz alta). — Pase, Madam (Entra la modista francesa: una señora pelirroja de rostro rubicundo y ojos muy claros, acompañada de una aprendiz portadora de enorme caja.) ¡Aquí te traen tu traje de largo!

FIFÍ (haciendo un mohín de disgusto). — ¡Qué fastidio!

MADAMA. — Aquí traigo el traje de la *señoguita*. (Sacándolo.) Es una cosa bonita. *Charmant!* La *señoguita* estará ideal con él. Tiene *cachet*, tiene *sprit* y sabrá *portarlo* divinamente. *Voilà!* Falda de gran cola, cuerpo descotado, mangas de tul. Todo el vestido es de seda y lleva sobrecorpiño y sobrefalda de tul claro de luna recamado con aplicaciones de hilo de oro. ¡Oh, es una *magavilla!* (La modista habla febrilmente sin descanso mientras va vistiendo a Fifi, que bajo las galas de su traje largo se ha trocado en una hermosa mujer.)

DOÑA AMELIA (con orgullo creador). — ¡Qué hermosa estás, hija mía!

MADAMA. — ¡Oh, *agmignable!* Avance un poco con gran cuidado de que no le pisen la cola.

FIFÍ. — (¡Como si fuera una gata!)

MADAMA (enamorada de su obra). — ¡*Agmignable!* ¡*Agmignable!*

DOÑA AMELIA. — Pues ya ve usted, *madam*: aun se empeñaba Fifi en no hacer su presentación en nuestros salones.

FIFÍ. — Pero ya cambié de opinión. *Madam* me ha convencido con sus habilidades.

MADAMA. — ¡Ah, *señoguita* Fifi! Como que no recuerdo haber hecho otro traje tan rico más que una vez en mi vida. Fué en San Sebastián para una boda que se deshizo. La boda de una *millonaria* de la localidad con un joven muy guapo y elegante: un *sportman*, *pego* un pillo al fin. Ella era la *señoguita* Irene Udaberria: capital, diez millones de francos. Él, Manolito Leyva, el célebre Manolito Leyva...

FIFÍ (palideciendo). — ¡Cómo ha dicho usted!

MADAMA. — ¿Acaso le conocen ustedes?

FIFÍ. — No; mejor dicho: un día me lo presentaron en una garden party.

DOÑA AMELIA (sorprendida). — ¡Qué dices, niña!

FIFÍ. — Pero siga, siga; me interesa esa historia.

MADAMA. — Ah, sí... Pues bien; la *señoguita* Udaberria no se casó porque supo la víspera de su boda que su futuro estaba arruinado, que había tomado dinero sobre la dote de ella y que Manolito fingía tener un capital, para sorprender a los incautos. Manolito Leyva es un *arrivista* como dicen en mi país. Aquí los llaman de otra manera que no recuerdo. Mi aprendiz lo sabe.

PATRO (con gracejo chulapo). — Nosotras les llamamos *frescales*.

MADAMA (observando que Fifi se pone mala). — *Pego* qué le pasa, *señoguita*. ¿Se pone mala?

DOÑA AMELIA. — ¿Qué tienes, hija?

FIFÍ. — No es nada. Un ligero mareo. Esta ropa me da calor. Pesa como una armadura de acero.

MADAMA. — ¡Clago, la falta de costumbre! (Desnudando a Fifi con precipitación.) Bueno, la *robe* está *agmignable*. No hay que dar ni un punto más y si usted no manda otra cosa me *retigo*.

DOÑA AMELIA. — Puede hacerlo.

MADAMA. — *Bon soir*. (La maestra y la aprendiz hacen mutis.)

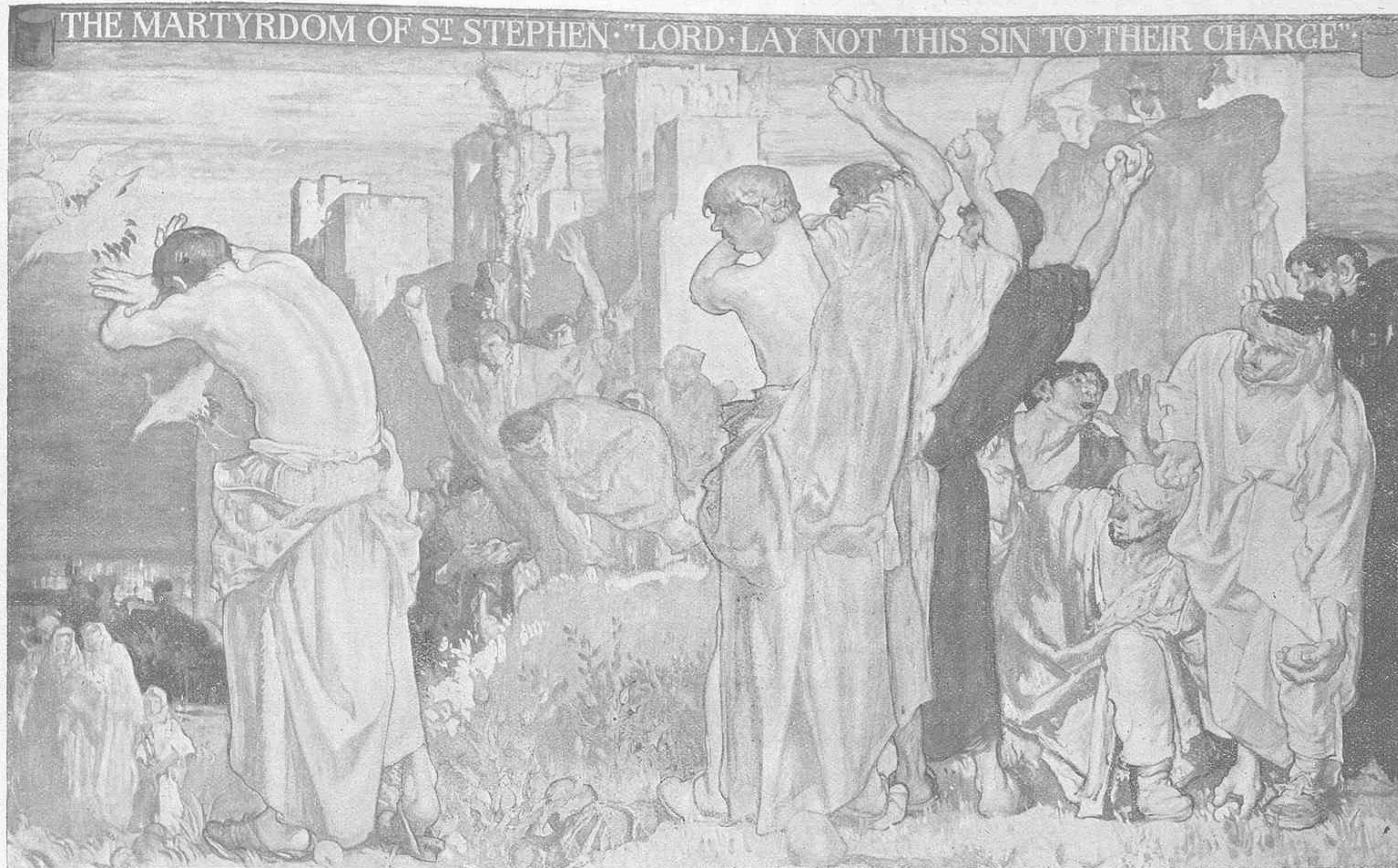
DOÑA AMELIA. — ¿Qué te ha ocurrido, hija mía?

FIFÍ. — ¡Nada, mamá, nada!

DOÑA AMELIA. — Tú me ocultas algo.

FIFÍ (con resolución). — Pues bien, mamá. Antes, cuando me preguntaste si tenía algún pretendiente más, callé el nombre de Manolito Leyva. En él había depositado todas mis ilusiones de mujer niña; pero la palabras de *Madam* me arrancaron la venda de los ojos y me hicieron mucho daño. Esto es todo.

DOÑA AMELIA (abrazando a Fifi estrechamente). — Aprende con esto lo engañosas que son las apariencias. Mira cómo en la vida el dolor será tu mejor maestro, tu ayo, y no te alucinen esos hombres de talco, que tanto abundan, por desgracia. Advierte dónde pones tus ojos y tu corazón. ¡Hija de mi alma! Ya has recibido el primer desengaño. Ya eres una mujer. ¡Puedes ponerte tu vestido largo!



El martirio de San Esteban. «Señor, no les hagas cargo de este pecado!»

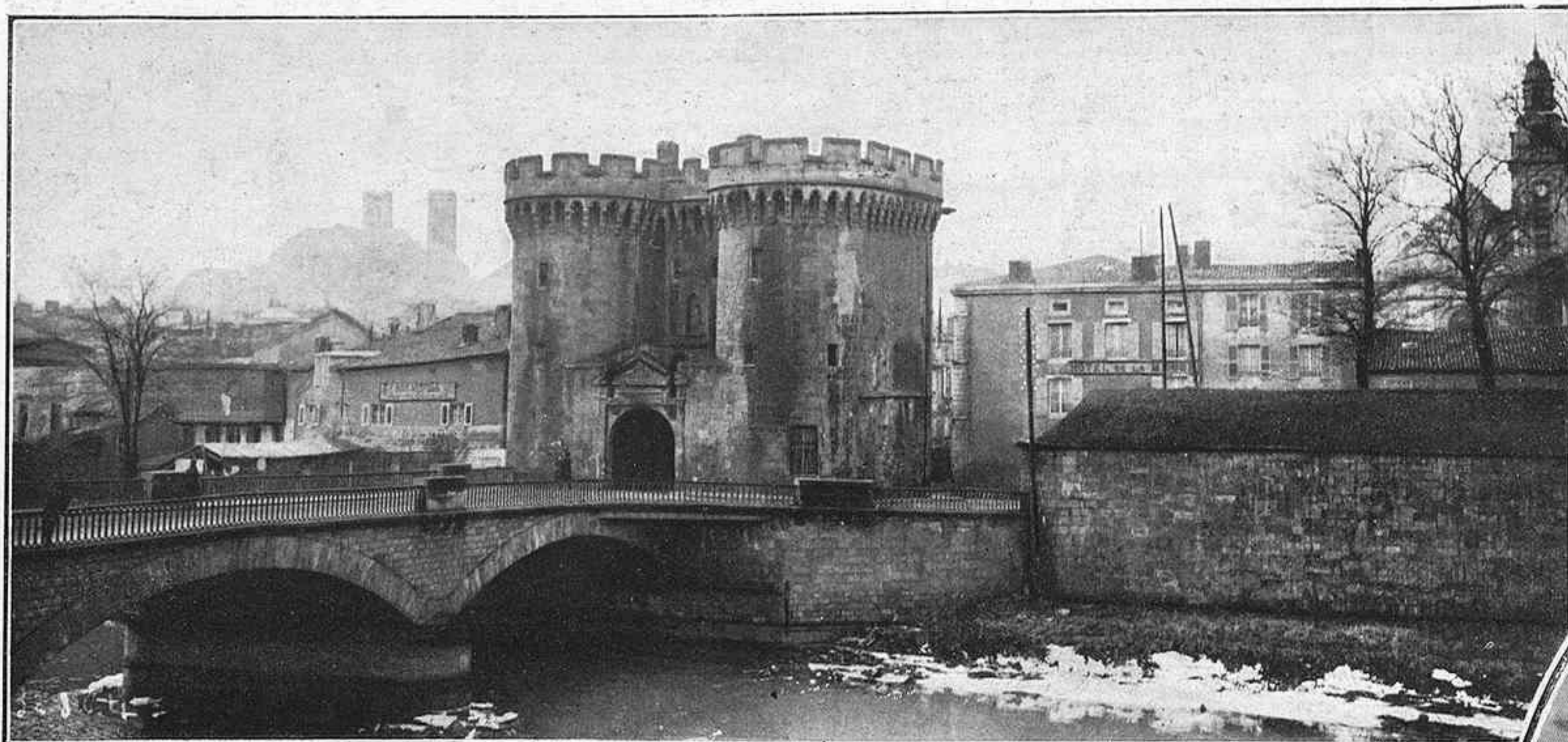
Acusado por los judíos de haber blasfemado de Dios, Esteban, el primero de los diáconos escogido por los Apóstoles, fué citado ante una asamblea, en la que se defendió con valor increpando a aquéllos por su endurecimiento e impiedad. Los judíos arrojáronse sobre él, lo sacaron fuera de la ciudad y lo apedrearon, mientras él exclamaba: «Señor, no les hagas cargo de este pecado!»



San Wilfredo, primer obispo de Selsey, instruyendo a los sajones meridionales (año 681)

Después de haber asistido al concilio de Letrán del año 679 y sido restablecido por el Papa Agatón en su sede episcopal de York, volvió Wilfredo a su patria, Inglaterra, en donde fué reducido a prisión. Puesto en libertad, dirigióse a Sussex y a Wessex a predicar el Evangelio y allí obtuvo del Rey Ethelwach tierras y bienes; fué el primer obispo de Selsey, y convirtió al cristianismo y bautizó a aquellos habitantes

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Branger y Central News.)



Verdún. — La puerta llamada de La Chaussée, que databa del siglo xv y que ha sido enteramente destruída por los proyectiles de la artillería alemana durante los últimos combates en aquella región

Teatro de la guerra de Occidente. — Sigue concentrado el interés de la lucha en la región de Verdún, y la energía con que atacan los alemanes y se defienden los franceses demuestra la importancia que unos y otros conceden a las operaciones que allí se realizan. Después de un nuevo aunque pequeño avance de los alemanes, en estos momentos se han suspendido las acciones de infantería, siendo ésta la segunda vez, desde que comenzó la batalla en 20 de febrero, que se observa tal suspensión, atribuida por unos a cansancio o impotencia de los asaltantes, por otros a la necesidad en que éstos se encuentran de reponer sus enormes bajas y reorganizar sus ejércitos y los servicios de aprovisionamientos, y por otros, finalmente, a la táctica del Estado Mayor alemán de emplazar en las posiciones conquistadas la artillería gruesa a fin de preparar un nuevo avance con la menor pérdida de hombres posible. La lucha de artillería ha continuado en todo aquel frente con bastante intensidad.

Veamos ahora el detalle de las operaciones recientemente efectuadas.

Los franceses han rechazado al Oeste del Mosa algunos ataques entre Bethincourt y el río, excepto en el sector del bosque de los Cuervos en donde lograron penetrar los alemanes; han reconquistado una gran parte de este bosque, pero han vuelto a perder luego algunas de las posiciones que habían recobrado; han rechazado ataques contra las posiciones situadas entre Douaumont y el pueblo de Vaux, contra este pueblo y contra la base de las pendientes dominadas por la altura en que se encuentra el fuerte de Vaux; y han contenido al enemigo que, después de haber hecho algunos progresos en aquellas pendientes, intentaba llegar a las alambradas que conducen al expresado fuerte. En los partes oficiales franceses se reconoce que los alemanes han podido progresar a lo largo de la vía férrea en los alrededores de Regneville, al Oeste del Mosa; han tomado la cota 265, han recuperado el reducto de Hardaumont, se han apoderado de algunas casas situadas al Oeste del pueblo de Vaux, habiéndose estrellado, en cambio, sus esfuerzos contra la parte opuesta del pueblo, que los franceses conservan; y en la Woivre han ocupado el pueblo de Fresnes y han tomado una trinchera contigua al camino de Etain, al Norte de Eix.

Respecto de los otros puntos del frente, los ingleses han rechazado un ataque contra el reducto de Hohenzollern y los

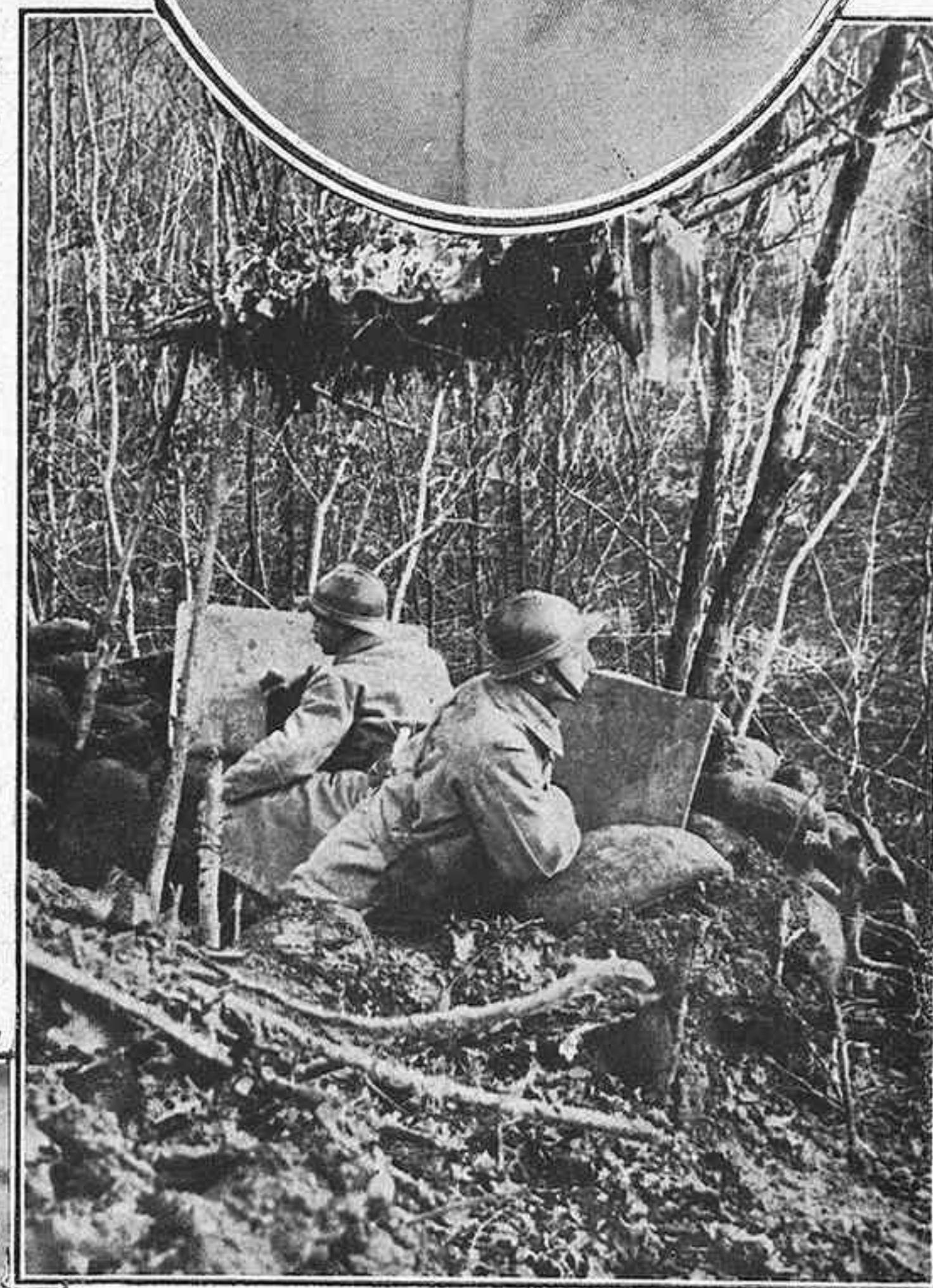
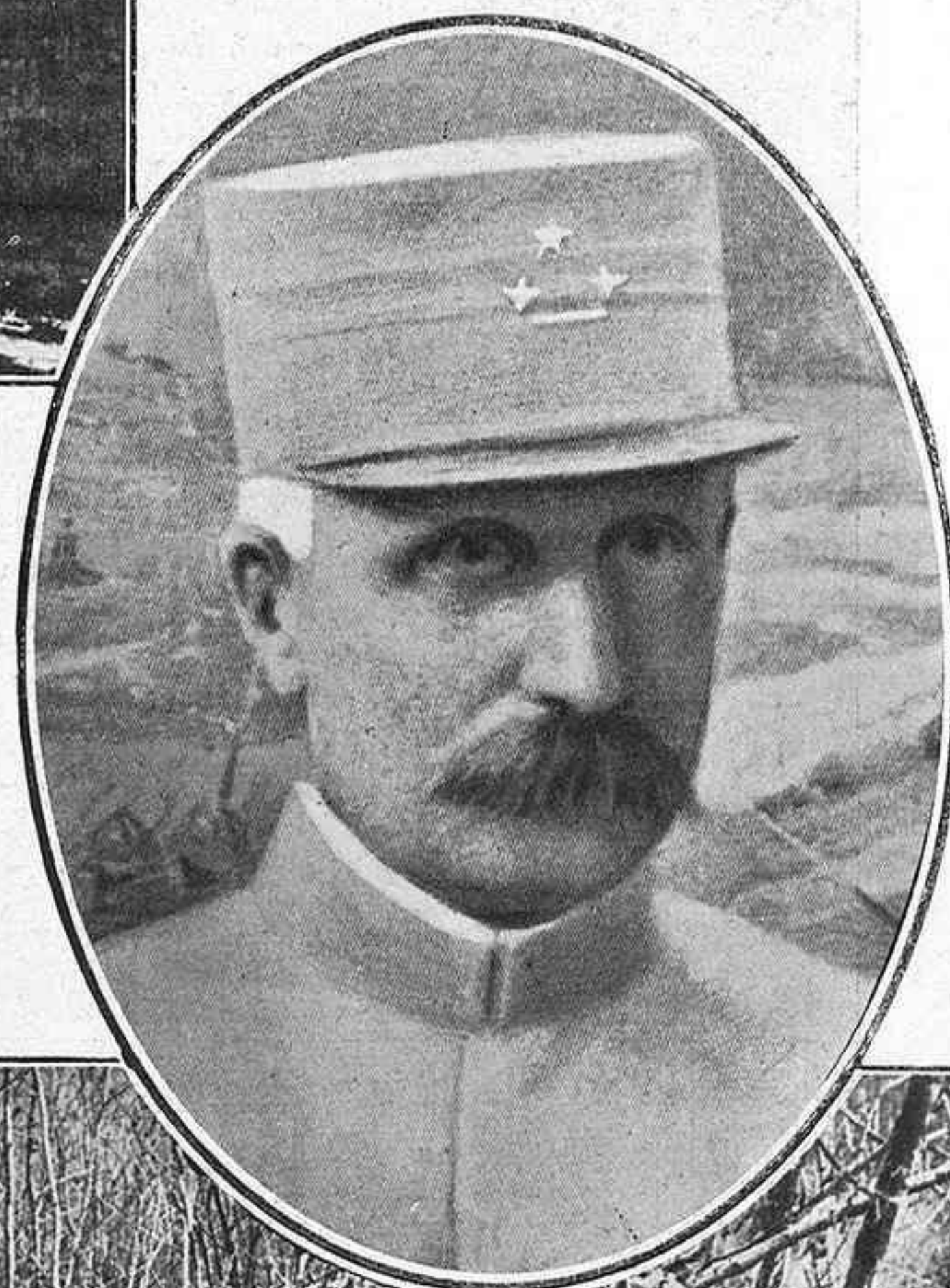
franceses han recobrado las trincheras de Maisons de Champagne, han rechazado los intentos del enemigo para ocupar unos hoyos de minas en la Haute Chevauchée (Argona), y en la alta Alsacia han recuperado algunos elementos de trincheras al Este de Seppois y rechazado a los alemanes que querían reconquistarlas.

Los alemanes dicen que han tomado las poblaciones de Fresnes, Regneville, Forges y Vaux y el fuerte de este nombre, si bien en este último han vuelto a poner el pie los franceses; que han ocupado los bosques de los Cuervos, de Cumieres y de Ablain y la cima de la cota situada al Oeste de Douaumont; que han rechazado ataques contra el pueblo de Blanzée y contra las nuevas posiciones conquistadas al Oeste del Mosa; que en la Woivre han avanzado su línea al través del bosque situado al Sudeste de Dam-loup; que en el Argona han adelantado algo sus posiciones al Este de Lachalade; que han perdido la parte occidental de la trinchera de Maisons de Champagne, que ha sido recuperada por los franceses; y que han rechazado algunos ataques ingleses al Noroeste de Vermelles.

Teatro de la guerra de Oriente. — Continúa reducida la lucha casi exclusivamente a los duelos de artillería y a los pequeños combates de trincheras. Los rusos han rechazado algunos contingentes alemanes que intentaban atravesar el Dvina al Este de Friedrichstadt, y dos partidas de exploradores que querían acercarse a las trincheras próximas a los ríos Oldavne e Insussey; han destruído un puesto enemigo cerca de Illuxt, y han invadido las trincheras del pueblo de Latatehe sobre el Dniéster, en Galizia.

Los alemanes han rechazado ataques en varios sectores, y los austriacos han desalojado a los rusos de una posición en las cercanías de Kariloska, haciéndose fuertes en ella, y han rechazado al enemigo de sus trincheras en una extensión de mil metros al Oeste de Tarnopol.

Italianos y austriacos. — Los italianos han avanzado en la línea de ocupación de la escabrosa zona de Tcfana; han hecho algunos progresos en el valle del Isonzo medio, sector de Zagora; y han proseguido felizmente sus operaciones cerca del castillo de Dante (valle de Lagarina). En uno de sus partes oficiales dicen que el mal tiempo dificulta la actividad de las tropas en las zonas más elevadas del teatro de operaciones.



El general Petain, comandante en jefe del segundo ejército francés que tan admirablemente ha resistido los ataques alemanes en la región de Verdún.

Centinelas en un bosque de las inmediaciones de Verdún

un submarino austriaco el torpedero ruso *Teniente Puschtschew*.

Alemania y Portugal. — En una solemne sesión conjunta extraordinaria de ambas Cámaras, en la que el gobierno dió cuenta de la declaración de guerra hecha por Alemania y en la que los jefes de todos los partidos ofrecieron su apoyo al gobierno, acordóse la formación de un gobierno nacional y se aprobó por unanimidad conferir al poder ejecutivo todas las facultades necesarias para tomar cuantas medidas exija el estado de guerra.

El nuevo ministerio ha quedado constituido en la forma siguiente: Presidencia, Almeida; Marina, Coutinho; Hacienda, Costa; Guerra, Matos; Negocios Extranjeros, Soares; Justicia, Mesquita Carvalho; Obras Públicas, Silva; Instrucción Pública, Martins; e Interior, Pereira Reis. Proyéctase además la creación de dos ministerios nuevos, el del Trabajo y el de las Subsistencias, que habrán de ser creados por el Parlamento. El nuevo gobierno se ha presentado a las Cortes y ha declarado que continuará el programa político del anterior.



París. En los Inválidos. — El general Cousin entregando a las viudas y huérfanos de los héroes muertos en campaña las condecoraciones a éstos otorgadas



La guerra europea. Hospital musulmán instalado en el Jardín Colonial de Nogent-sur-Maine. - El caid musulmán conversando con los heridos. (Fot. Rol.)

MADRID. - ESTRENO DE LA ÓPERA «THAIS»

En el Teatro Real se ha estrenado con excelente éxito la ópera *Thais*, adaptación escénica hecha por Luis Gallet de la popular novela de Anatolio France, música del maestro Massenet. El libreto es una serie de episodios de la vida de la célebre cortesana de Alejandría, que, convertida por las predicaciones del anacoreta Atanaele, abandona su existencia pecadora e ingresa en un convento, en donde muere.

La partitura del popular maestro francés, sin tener todo el alto valor musical de otras óperas del mismo autor, es inspirada, clara, diáfana y sobre todo sincera y despojada de artifi-

tono del acto tercero, un monólogo de soprano, unos bailables y el gran dúo final.

En la ejecución han alcanzado muchos aplausos la señora Vix, los Sres. Battistini y Nadal y el maestro Panizza.

EL GENERAL LYAUTEY EN MADRID

Procedente de París y de paso para Andalucía y Africa, ha permanecido un día en Madrid el general Lyautey, Residente francés en Marruecos, a quien acompañaban su esposa y dos ayudantes. Fué recibido en la estación por las autoridades civiles y milita-

Al día siguiente estuvo en el palacio Real, siendo recibido en audiencia por el Rey, con quien conferenció durante una hora; terminada la audiencia, celebróse en el Regio alcázar en honor del general francés un almuerzo al que asistieron, ade-



Madrid. Una escena del último acto de la ópera *Thais* del maestro Massenet, estrenada con éxito en el Teatro Real

cios. Entre los números que más han agradado hay: un intermedio, cuyos motivos principales se repiten en el cuarto acto; el segundo cuadro del primer acto, un dúo de soprano y barí-
res y varios altos funcionarios de los ministerios de Estado y Guerra, y el día de su llegada comió en casa del presidente del Consejo de Ministros.



El residente general de Francia en Marruecos, general Lyautey, su esposa y su ayudante, al salir del Palacio Real después de almorzar con SS. MM. (Fots. de nuestro reportero J. Vidal.)

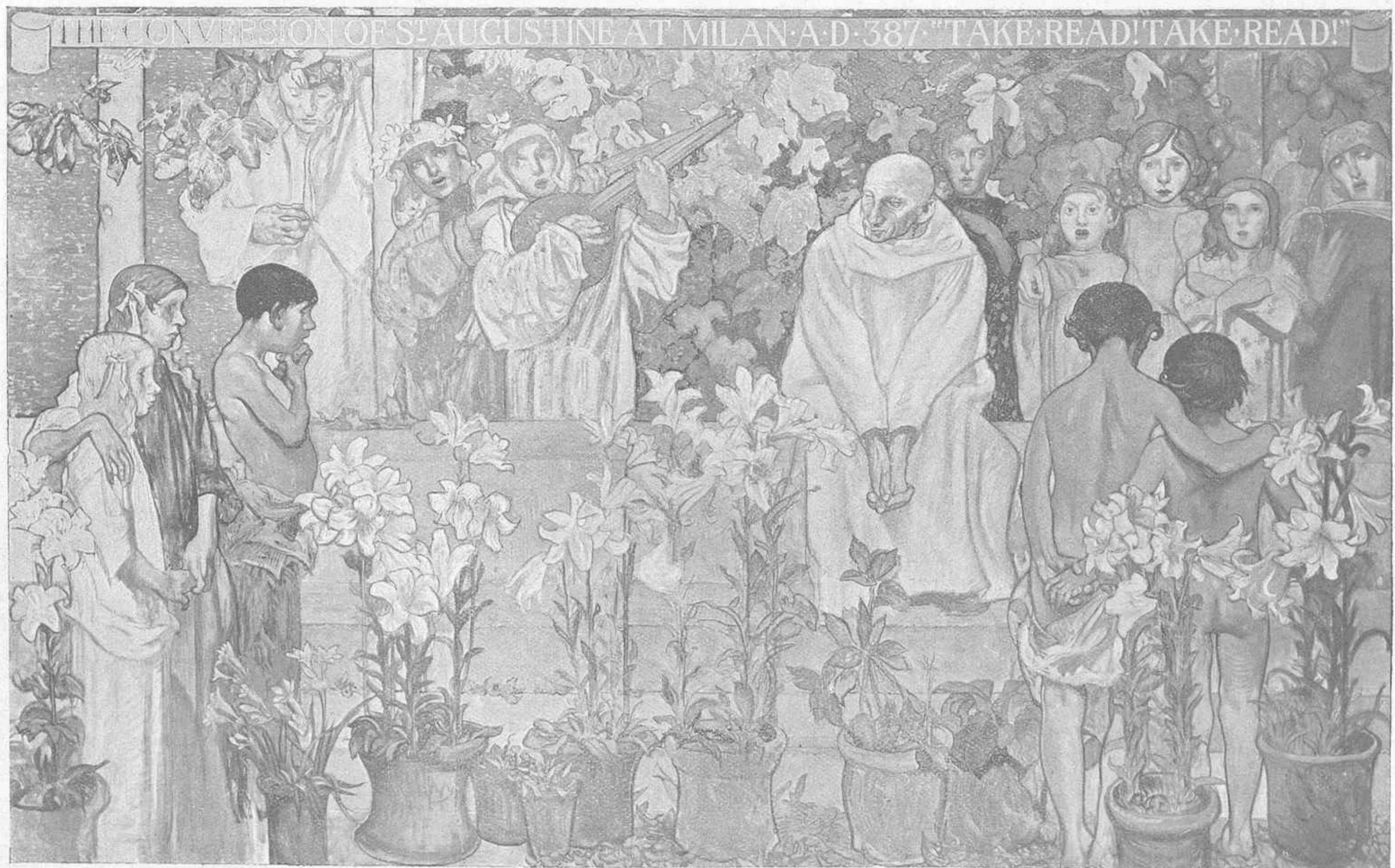
más de las Reales personas, la esposa del general, un ayudante de éste, el agregado militar de la embajada francesa, el señor Quiñones de León y la servidumbre palatina de guardia.

Por la noche, el general Lyautey emprendió el viaje a Andalucía, siendo despedido en la estación por el jefe del gobierno, el subsecretario de Estado y otras personalidades.



San Ambrosio enseñando a su coro en su iglesia de Milán (año 385)

San Ambrosio, eminente doctor de la Iglesia y una de las más grandes figuras del cristianismo en Occidente, fué consagrado obispo de Milán en 374, no sin haber opuesto a ello gran resistencia, pues no se consideraba con méritos suficientes para ejercer tan alta dignidad. A él se atribuye el haber introducido en aquella diócesis la costumbre de las iglesias de Oriente de cantar los salmos alternando dos coros



Conversión de San Agustín en Milán (año 387). «¡Toma, lee! ¡Toma, lee!»

Hallábase un día San Agustín, que había sido un gran pecador, en un jardín próximo a su casa meditando sobre todos sus extravíos y avergonzado de ellos empezó a derramar abundantes lágrimas y a pedir a Dios que lo apartase de aquella senda de perdición. De pronto oyó una voz inefable que le decía «*Tolle, lege*» (Toma, lee), y entrando en su casa tomó las Epístolas de San Pablo; aquella lectura determinó su conversión



San Agustín en Ebsfleet: «¡Aparta, Señor, tu ira de este pueblo!»

Enviado por el Papa para convertir a los britanos, San Agustín, en compañía de cuarenta monjes, desembarcó en la isla de Thanet y fué recibido por Eihelberto, el poderoso rey de Kent. El santo avanzó hacia el monarca, llevando una cruz de plata y la imagen de Cristo pintada en un libro y obtuvo de él autorización para establecerse en Cantorbury, su capital, y predicar en ella el Evangelio



El martirio de San Albán. «Señor, con todo mi corazón os ofrezco mi alma.»

San Albán, primer mártir de la fe en Inglaterra, ocultó en su casa, durante las persecuciones de Diocleciano, a un sacerdote cristiano, ayudándole a escapar de sus perseguidores y presentándose a éstos en lugar del perseguido. Una vez preso, fué condenado a la pena de azotes y a ser después decapitado. Durante su martirio no salieron de su boca más que estas palabras: «Señor, con todo mi corazón os ofrezco mi alma.»

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Inauguración de la Caja Postal de Ahorros. - En el nuevo Palacio de Comunicaciones efectuóse el día 12 de los corrientes la inauguración del nuevo servicio de la Caja Postal de Ahorro. Minutos antes de la hora señalada hallábanse en el vestíbulo del edificio el director general de Correos y Telégrafos Sr. Francos Rodríguez, el subdirector, los ministros de la Gobernación y de Gracia y Justicia, los subsecretarios de Hacienda, Gobernación y Guerra, las autoridades, los vocales de los Consejos de Administración y Vigilancia de la Caja, muchos altos funcionarios del cuerpo de comunicaciones y otras distinguidas personalidades.

Poco después llegaron Sus Altezas las Infantas D.^a Isabel, D.^a Beatriz y D.^a Luisa, y la duquesa de Talavera; y Sus Altezas los Infantes D. Carlos, D. Fernando y D. Raniero, y finalmente SS. MM. D. Alfonso, D.^a Victoria y D.^a María Cristina.

Seguidamente comenzó la visita de la Caja Postal, penetrando en las oficinas las augustas personas, a quienes acompañaban el ministro de la Gobernación y el Director general. Después de ver funcionar una máquina automática distribuidora de sellos de cinco céntimos de la Caja Postal, fueron entregadas a SS. MM. y AA. diecinueve cartillas de ahorro, por valor de una peseta como primera imposición, expedidas a nombre del Príncipe de Asturias y de los infantitos y príncipes de la Real familia. Luego visitaron las augustas personas todas las dependencias de la Caja y subieron al piso superior, en donde se había improvisado un salón magnífico, en el que descansaron las Reinas y los Infan-



Madrid. - SS. MM. D. Alfonso y Doña Victoria, con el ministro de la Gobernación, en la inauguración de la Caja Postal de Ahorros

ción D. José de Echegaray con motivo del quincuagésimo aniversario de su ingreso en la misma. La sesión fué presidida por S. M. el Rey, que quiso honrar el acto con su presencia, y a ella asistieron todos los académicos, los ministros de Instrucción Pública y Fomento, comisiones de las demás academias y otras muchas distinguidas personalidades.

Abierta la sesión por el Monarca, el Secretario de la Academia Sr. Arrillaga leyó un discurso dedicado a señalar los méritos que como inventor y hombre de ciencia concurren en el Sr. Torres Quevedo y que le han hecho acreedor a la medalla creada por la Corporación como recuerdo de la concesión del premio Nobel a don José de Echegaray.

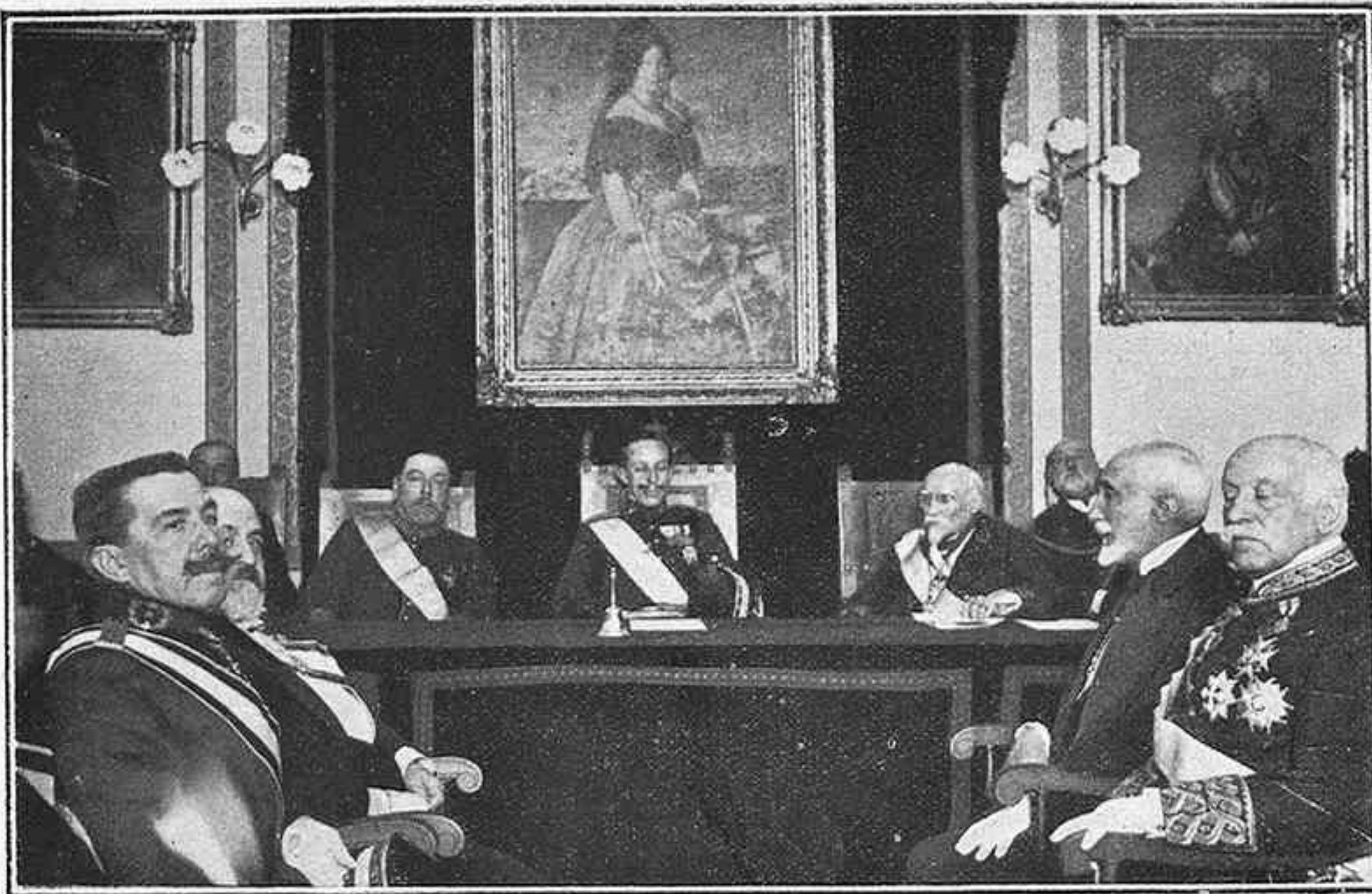
Seguidamente S. M. impuso la medalla al Sr. Torres Quevedo, quien pronunció algunas frases expresando su gratitud al Rey y a la Academia.

Terminada aquella primera parte de la sesión, el Sr. Arrillaga dijo que ésta tenía también por objeto conmemorar las bodas de oro de su ilustre presidente con la Academia, entregándole con este motivo una medalla igual a la que se le entregó a su ingreso en 11 de marzo de 1866, con una dedicatoria y la fecha conmemorativa.

El Monarca impuso la medalla al Sr. Echegaray y luego pronunció un hermoso discurso dedicando sentidos y entusiastas elogios a los señores Torres Quevedo y Echegaray, y asociándose en nombre de la nación española al homenaje que se les tributaba.

Por último habló el Sr. Echegaray, a quien el Rey quiso hacer este honor, pues sabido es que, según la etiqueta, nadie debe hablar después del Monarca. El ilustre sabio manifestó su agradecimiento a S. M. y a la Academia, y en bellísimos y elocuentes párrafos hizo un entusiasta elogio de la ciencia.

Los exploradores zaragozanos en la redacción de «El Imparcial». - Con objeto de entregar



Madrid. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII presidiendo la solemne sesión de la Real Academia de Ciencias Exactas en homenaje a D. José de Echegaray y al Sr. Torres Quevedo

tes, mientras el Rey, con el Sr. Francos Rodríguez y gran parte de los invitados al acto, siguieron visitando otras dependencias del palacio y subieron a la elevada torre que corona el edificio.

Al descender el Rey y reunirse con las demás personas de la familia Real, fueron obsequiados con un *lunch*, durante el cual S. M. conversó con varios de los invitados, entre ellos los Sres. Paraso, Junoy y Matesanz.

S. M. el Rey en la Real Academia de Ciencias. - La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales ha celebrado el día 12 de este mes una solemne sesión para hacer entrega



Madrid. - Solemne entrega, en la redacción de *El Imparcial*, del mensaje dedicado al notable escritor D. Mariano de Cavia por la ciudad de Zaragoza y del que ha sido portador un grupo de exploradores (*boy-scouts*) zaragozanos que han hecho a pie el viaje de la capital aragonesa a Madrid. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

personalmente al ilustre periodista Mariano de Cavia el mensaje que le dedica Zaragoza, han ido a Madrid desde aquella ciudad trece exploradores zaragozanos que han hecho el viaje a pie. El acto de la entrega se efectuó en la redacción de *El Imparcial* y a él concurrieron el ministro de la Gobernación Sr. Alba, el subsecretario de Instrucción Pública, el director general de Comunicaciones, comisiones del Centro Aragonés y del Centro de Hijos de Madrid, los presidentes de las Cámaras de Comercio y de Industria y gran número de literatos, artistas y periodistas. Después de breves discursos pronunciados por el Sr. López Ballesteros, director de *El Imparcial*, y por el notable escritor aragonés Sr. Casañal Shakerly, dióse lectura del mensaje. Terminada ésta, el Sr. Lorenzo leyó unas cuartillas de Cavia agradeciendo y trasladando al gobierno de S. M. y a la Real Academia Española el homenaje que se le tributaba, y el Sr. Alba pronunció elocuentes frases enaltecendo los méritos del ilustre y popular periodista.

BARCELONA. - REPARTO DE PREMIOS A LOS SOMATENES

En el palacio de la Diputación Provincial se ha celebrado recientemente el reparto de premios a los tiradores que más se han distinguido en el concurso de tiro efectuado por los somatenes de Cataluña. Presidió el acto el capitán general de esta región D. Felipe Alfau, quien tenía a su derecha al alcalde de esta ciudad marqués de Olérdola y a su izquierda al presidente de la Diputación provincial Sr. Prat de la Riba.

El comandante general de somatenes, el general Sr. de Carlos, agradeció la presencia del general Alfau, quien contestó con elocuentes frases expresando cuán grato le era presidir aquella ceremonia. El subcabode del distrito de La Salud D. Juan Puig, organizador del concurso, leyó una luminosa memoria y acto seguido se procedió a la distribución de unos 90 premios.

Finalmente el general Alfau impuso las cruces de segunda clase del Mérito Militar a los Sres. Tort, Castells, Partegás y Sará, cabos de somatén de San Gervasio, de La Salud, de Pedralbes y de Puigcerdá respectivamente, y la de primera clase al subcabode del de Poble de Montornés Sr. Planas.



Barcelona. - Reparto de premios a los tiradores de los somatenes que más se han distinguido en el reciente concurso celebrado en el polígono de La Salud. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

a D. Leonardo Torres Quevedo de la medalla Echegaray, que se concede cada tres años, y rendir al propio tiempo un homenaje de admiración y afecto al ilustre presidente de la Corpo-

ción de los somatenes de San Gervasio, de La Salud, de Pedralbes y de Puigcerdá respectivamente, y la de primera clase al subcabode del de Poble de Montornés Sr. Planas.

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

»Necesitan a toda costa una «Excelencia» en la familia, un nombre glorioso que se una al nuestro, algunas nubes de incienso que envuelvan bondadosamente nuestra casa burguesa y que lleven su grato perfume a los lugares más elevados; y para ello



- Vamos, orgulloso papá; ofrece el brazo a tu hija...

hay que sacrificar una pobre víctima y esta pobre víctima ha de ser Margarita... Pero las cosas no han de ir tan rápida ni tan lisamente como ellos se imaginan, añadió con sonrisa burlona; para casar a una muchacha, ante todo hay que contar con ésta... En cuanto a tío Herberto...

- ¿Por qué te has formado tan mala idea de tu tío?, díjole su padre interrumpiéndola. Herberto para nada necesita de nosotros, de los Lamprecht; y ha de serle en absoluto indiferente el nombre que tú lleses en lo porvenir, pues todo quiere debérselo a sí mismo. ¡Cuántos fracasan por seguir este principio, precisamente en una época como la nuestra en que todo esfuerzo individual requiere una fuerza de voluntad que muy pocos tienen para vencer los obstáculos casi insuperables que a él se oponen! Pero Herberto puede permitirse esto y mucho más; es un hombre dotado de grandes condiciones a quien se le tienden muchas manos que él no solicita y aun que rechaza duramente. Yo hasta llego a creer si en lo que toca a su matrimonio calcula si la bella Eloísa ha de aportarle a él menos de lo que él le aporta a ella, y de aquí su vacilación.

- No es posible, replicó Margarita, moviendo la cabeza con aire de incredulidad y de sorpresa y soltando la carcajada. Esto que dices es precisamente todo lo contrario de lo que el mundo le atribuye.

- ¡El mundo! Quisiera ver quién puede alabarse de lo que el mundo piensa... Es verdad que Herberto, en su trato social es cortés y atento; pero esta flexibilidad aparente apenas si es más que superficial, según he podido comprender. En el fondo, es la energía misma y sabe adónde va y cómo ha de llegar... ¡Ay, cuánto envidia su razón fría e imperturbable!

Suspiró profundamente, bebióse de un trago la copa de Borgoña y añadió:

- Esas cualidades de su carácter le sostienen y le han hecho siempre remontarse a las mayores alturas...

- Siempre no, papá, interrumpióle Margarita riendo. Ha habido un tiempo en que en vez de remontarse a lo alto se ha rebajado a coger unas flores del suelo. ¿No te acuerdas de aquella escena en que fué la protagonista, sin saberlo, la hermosa Blanca Lenz, la de las largas trenzas de oro?

La sonrisa terriblemente irónica con que acogió su padre aquella pregunta la hizo enmudecer. El señor Lamprecht reanudó sus paseos por la habitación, pero tan agitado que el viejo pavimento de madera crujía ruidosamente bajo sus pies.

Al cabo de un buen rato, detúvose delante de Margarita, la cual quedó sobrecogida de espanto al mirarle.

Tenía el rostro encendido y sus ojos brillaban con expresión salvaje como el día antes, cuando volvió

de cara a la pared el retrato de la bella Dorotea.

- ¡Se rebajó, sí, se rebajó! ¿No decías esto? Ya ves que tus teorías igualitarias no valen gran cosa. Pero ¡qué sabe de esto una muchachuela como tú!, añadió encogiéndose de hombros y pasándose la mano por los cabellos.

Después de una pausa, procuró dominarse y prosiguió:

- ¡Conque mi Margarita ha de ser nada menos que la baronesa de Billingen! No me parece mal y tendría motivos para sentirme orgulloso de ello. Entonces podría encararme con los retratos de nuestros antepasados que adornan las salas y la galería de arriba, y decirles: «Ya lo veis, mi hija es la que trae a nuestra familia la corona de siete puntas...»

Interrumpióse de pronto y apretó los dientes con expresión desesperada, y Margarita que, al pronto se había sentido mortificada por el tono con que su padre hablaba de ella, al verle en aquel estado, echóle los brazos al cuello y mirándole risueña, le dijo:

- Vamos, orgulloso papá; ofrece el brazo a tu hija, la baronesa y acompáñala, pero despacito, no con esos pasos precipitados con que te paseabas hace un momento. Estás muy encarnado, añadió pasándole con suavidad la mano por la frente, y esto no me gusta... Conque ¡uno, dos, uno, dos!, siempre a este compás. Y volviendo a lo que decíamos, te diré que estás algo equivocado si crees que al hablar de tío Herberto y al decir que «se rebajó» haciendo objeto de su primer amor a la hija de un pobre artista... Así opina lo que se llama la sociedad, y así opina seguramente en primer lugar el propio tío Herberto, desde su actual punto de vista. En cuanto a tu «muchachuela y a sus teorías igualitarias», no tienes por qué burlarte de ellas, papá malicioso; el reproche de inconsecuencia me hace muy mal efecto. Yo no cambiaría a Blanca Lenz por la beldad pomerania que habita en el palacio del príncipe, con ser ésta tan blanca, tan sonrosada y de tan arrogante figura. ¡Si precisamente la bella hija del pintor era entonces el ideal de mi entusiasta alma infantil! Latíame el corazón cada vez que la veía aparecer de pronto en la galería, tan fresca, tan encantadora, tan graciosa como un hada de cuento. ¡Con cuánto placer la habría llamado mi tía! En cambio, con la sobrina del duque, saldré del paso con algunas profundas genuflexiones y preguntándole por su graciosa salud.

Hablaba con aquella mezcla de broma y de seriedad que la caracterizaba, y su padre seguía andando junto a ella al mismo paso lento que su hija había indicado, con la cabeza inclinada sobre el pecho como si estuviera absorto en hondas meditaciones.

El Sr. Lamprecht apenas fijaba la atención en lo que decía Margarita, pero ésta sintió debajo de su brazo latir violentamente su corazón, lo que demostraba que no se hallaba tranquilo ni mucho menos.

- Ahora, hablando en serio, añadió la joven en el mismo tono de antes, te diré que de esto de ser tu hija baronesa no hay nada; sería una broma que me costaría demasiado cara. En efecto, ¿de qué me serviría un simple nombre si por él había yo de abdicar de mi modo de ser? Perdería yo mucho en el cambio... Creo que el bueno de Billingen me quiere y que solicita formalmente mi mano, sin duda porque en estos momentos ha perdido en absoluto la cabeza; pero tengo la seguridad de que algún día se arrepentirá de haberse casado conmigo. Ese hombre, que por su corpulencia parece un Goliat, es un polluelo sumiso a su madre que lo tiene metido en un puño y que es tan alta y tan gruesa como su hijo. Imagínate, pues, papá a tu flacucha Margarita entre aquellos dos gigantes y considera, además que su vieja suegra, excesivamente orgullosa de su nobleza, se dedicaría a arrancarle una por una las plumas de sus alas, para que jamás pudiera volver al nido familiar y para que la sociedad ilustre y distinguida no conociera por su plumaje la humildad de su procedencia. ¿Y crees tú que esta vergüenza de mi suegra por mi linaje había de satisfacer a nuestros antepasados cuyos retratos adornan las salas y la galería de esta casa? ¡No lo pienses! Ten la seguridad de que opinarían respecto de la corona de siete puntas lo mismo que opino yo.

Dicho esto, se detuvo y colocándose delante de su padre, púsole las manos sobre los hombros.

- Dime, papá, murmuró con acento suplicante, ¿verdad que no me atormentarás hablándome de este asunto como hacen los otros, que dejarás a tu copito de nieve volar a su gusto? Por otra parte, tengo edad suficiente para saber cómo debo comportarme.

El Sr. Lamprecht acarició con la mano aquella cabeza rizada que se apoyaba en su pecho, y con una dulzura que conmovió a Margarita, le dijo:

- ¡No, hija mía, no te obligaré! Hace unos años hubiera empleado toda mi autoridad de padre para hacerte tomar una resolución favorable a las aspiraciones de tu pretendiente; pero ahora no quiero perderte, como te perdería si entrases a formar parte de esa familia que me has descrito, y te perdería doblemente tales como ahora están las cosas... La tormenta que aún ruge fuera suena en mi alma como la voz de un predicador fanático; estoy cansado y... muy pronto, Margarita, tendré necesidad de mi pequeña compañera, la de ojos purísimos y de vigoroso espíritu de justicia.

- ¡Queda hecho el pacto!, exclamó la joven estrechando fuerte y cordialmente la mano de su padre, como si fuese un hermano de armas. ¡Ya estoy tranquila, papá! Precisamente ahora, cuando tanta gente de nuestra condición se humilla y se rebaja a impulsos del miedo y ayuda a sostenerse, en su propio perjuicio, lo caduco, lo podrido, es cuando se hace más necesario que dé enérgicas señales de vida el orgullo de la clase media, aunque la que se rebele en representación de ésta sea... una muchacha... Y ahora me voy y te traigo en seguida un vaso de agua fresca, pues tu cara abrasa.

Su padre la detuvo diciéndole que en su cuarto tenía una medicina contra los vértigos que a diario le acometían; posó sobre su frente sus labios ardorosos y salió.

- No te apures, hija mía, dijo tía Sofía que entró en aquel momento trayendo el servicio del te. Esos males de tu padre desaparecen con la misma facilidad con que se presentan.

Cogió luego la botella del vino y mirándola al trasluz exclamó mal humorada:

- ¡Vacía, casi vacía del todo! No te extrañe pues que tu padre tenga el rostro encendido. Por más que nuestro médico no cesa de sermonearle para que se abstenga de los vinos fuertes, él, cuando tiene alguna pena o alguna preocupación, la ahoga en vino, y cuanto más fuerte mejor. ¡Ah, los hombres! Nunca, nunca tendrán sentido común.

XIV

Tía Sofía bajó los transparentes de las ventanas de aquella sala.

La verdad era que la vista de la plaza del Mercado no resultaba nada agradable: los infelices que por necesidad tenían que andar por la calle con aquel tiempo endemoniado, al doblar las esquinas tenían que luchar, con peligro de su vida, contra el vendaval que bramaba furioso y que arrancaba y arrojaba más allá de los tejados todos los objetos que no estaban muy sólidamente sujetos.

Hacia un frío horrible, no obstante lo cual tía Sofía apagó el fuego de la estufa y colocó la tetera hirviendo sobre la mesa, diciendo que con un tiempo como el que hacía era menester calentarse por dentro y no dejar ni el menor rescoldo en las estufas ni en las chimeneas.

Había recorrido toda la casa inspeccionando minuciosamente todas las puertas y ventanas y hasta los tragaluces, y aseguraba que no le extrañaría que acabase de derrumbarse el tejado del departamento de embalaje, pues era espantosa la violencia del huracán allá arriba.

Aquella noche no hubo la acostumbrada tertulia de familia.

El Sr. Lamprecht no quiso tomar nada y se quedó en su cuarto, y Reinoldo se retiró al suyo después de haber tomado una taza de te, en silencio y sin poder disimular su cólera por los destrozos que en el edificio había ocasionado la tormenta. Quedaron, pues, solas tía Sofía y Margarita dispuestas a

pasar juntas aquella siniestra y peligrosa velada.

Tampoco los criados se fueron a la cama, sino que permanecieron sentados en la cocina; las mujeres abrigándose los helados brazos debajo del delantal, y los hombres mordiéndose sus apagadas pipas y escuchando silenciosos y preocupados el terrible estrépito del huracán.

No parecía sino que el vendaval quisiera aquella noche reducir a escombros la vieja y pequeña ciudad que, durante mil años, como fiel centinela a la puerta de la selva turingia, había resistido todas las tempestades y todos los desastres de la guerra.

La violencia del viento hacía retremblar el suelo y arrancaba tejas y chimeneas de los tejados, que lanzaba con estruendo contra el pavimento de las calles; y en medio de aquellos rugidos parecía escucharse un lamento ultraterreno como si, despertados por el huracán, los que dormían hacia tiempo el sueño eterno se hubiesen levantado de sus sepulcros y vagasen errantes por las calles que en otra época recorrían.

A eso de las doce, abrióse la puerta de la sala y apareció por ella Bárbara, pálida, agitada de terror y con el índice de la mano derecha señalando al techo.

— Por ahí arriba, en el corredor, dijo en voz baja y temblorosa, se oyen fuertes pisadas, como de alguien que calzase botas de montar, y de cuando en cuando golpes como si una persona estuviese allí encerrada y quisiera salir.

Y dicho esto desapareció cerrando la puerta sin hacer ruido, mientras tía Sofía se levantaba del sofá, encendía un farol y acompañada de Margarita, abandonaba la estancia.

Al llegar a la galería azotóles una ráfaga de viento que por poco las derriba al suelo.

En la última consola ardía la lámpara de la mesa del Sr. Lamprecht y la puerta que daba al pasadizo estaba enteramente abierta, dejando oír los bramidos del huracán.

Tía Sofía se apresuró a quitar de allí la lámpara cuya llama agitaba el vendaval y la puso en otro mueble resguardado del aire. Margarita, en tanto, con el farol en alto avanzó por el pasadizo.

La tormenta había arrancado la ventana que en el fondo del pasadizo se abría, y por aquella abertura penetraba directamente el viento glacial, derribando y arrastrando por el suelo los retratos.

Estos eran los golpes y las pisadas que Bárbara había oído... Pero aquella ventana era demasiado pequeña para que por ella penetraran las violentas ráfagas que estuvieron a punto de derribar a la joven y a su tía y que furiosamente bramaban en el pasadizo y en la galería.

Margarita siguió avanzando, pero de pronto retrocedió asombrada.

Hallábase delante de la escalerilla que conducía al desván del departamento de embalaje; aquel sitio generalmente era un rincón oscuro y cerrado; ahora, en cambio, veíase al través de la techumbre un trozo de cielo estrellado. Y aquella puerta, nunca utilizada, estaba casi arrancada de sus goznes y en el umbral de la misma, luchando penosamente contra el huracán, destacábase la figura del Sr. Lamprecht.

Al percibir la claridad del farol, volvióse brusca-

mente. — ¿Eres tú, Margarita?, exclamó. ¿También a ti te obligan a vagar por la casa los elementos desencadenados? La miserable obra del hombre se derrumba, como si sonaran las trompetas del Juicio final. El nuevo día no traerá únicamente el sol; traerá también la tempestad, añadió con una lúgubre sonrisa que conmovió a Margarita. Mira, durante siglos ha reinado bajo este viejo techo una obscuridad misteriosa, y ahora se distinguen las estrellas al través de las tejas y casi nos imaginamos ver las pisadas de los que en otro tiempo por aquí anduvieron.

Subió la escalera al tiempo que tía Sofía se acercaba al pasadizo.

— ¡Santos cielos!, exclamó la buena señora juntando asombrada las manos. ¿Pero es que la tormenta se ha propuesto acabar con esta casa? ¡Cuántos destrozos!, añadió indignada señalando la puerta destruída. No hay memoria de que ningún ser humano haya traspasado ese umbral... Es preciso cerrar esa abertura inmediatamente; de lo contrario los ratones acabarán con nosotros.

— ¿Los ratones? Pues a mí me había parecido ver entrar por aquí una paloma blanca, replicó el señor

Lamprecht con aquella sonrisa amargamente irónica que contraía con expresión dolorosa sus labios.

— ¡Esto sólo nos faltaba!, dijo tía Sofía con acento de terror. ¡Que se hubiese venido también abajo el palomar!

Y resueltamente avanzó algunos pasos para mirar por entre las vigas hacia el techo de la cuadra de los telares, en donde estaban los palomos de quienes con tanto celo se cuidaba.

El Sr. Lamprecht encogióse de hombros y des-



— ¡Santos cielos!, exclamó la buena señora juntando asombrada las manos

cendió al piso bajo, de donde regresó pronto acompañado del cochero y de un criado que llevaban una escalera de mano y algunos maderos con que al fin lograron cerrar y atrancar sólidamente la puerta.

Mientras con su tía y su padre enderezaba los retratos que el viento había tirado por el suelo, Margarita oyó cómo el cochero le decía al criado a media voz:

«Quizás ha sido un bien que la tormenta haya pasado por aquí; puede que de este modo haya arrasado consigo a la fantasma. Yo la vi con mis propios ojos hará cosa de unos diez años; envuelta en un velo blanco, avanzaba por este pasadizo y hacia ese rincón, como si se fuera de paseo por el campo, y de pronto desapareció al través de la pared... ¡Siempre la misma historia, desde que murió aquella señora que no ha podido entrar en el cielo!.. El tragaluz que hay allí, con ser tan pequeño es suficiente para que por él pase una pobre alma en pena. Para nuestros amos sería una gran suerte que la fantasma les dejase en paz y si de mí dependiera, la muerta gozaría al fin de reposo; aunque bien mirado no lo merece, porque ella fué la que, con sus seducciones, indujo a su amante a quebrantar la palabra que había dado a su primera esposa. De estas perfidias son siempre culpables las mujeres.»

El aire llevó estas palabras adonde estaba el señor Lamprecht, quien se encolerizó al oír cómo un humilde criado se atrevía a ponerse en boca, para criticarle, a uno de sus ascendientes. Margarita le vió levantar el puño como si quisiera castigar al charlatán; pero dominóse en seguida y se limitó a gritar con acento irritado:

— ¡Daos prisa y acabad de una vez!

El cochero, asustado, apoyó la escalera de mano en la pared y encaramándose en ella atrancó también la pequeña ventana.

Margarita salió del pasadizo y por un momento miró por la ventana más próxima de la galería. En el patio, la luz que de algunas ventanas de la casa se escapaba iluminaba los tilos agitados por el viento, y los chorros de agua de la fuente; Margarita vió con dolor que la ninfa de piedra que adornaba aquella y que se alzaba sobre los cuatro caños el huracán la había derribado, como había derribado el gran trozo de cornisa del ala del edificio frecuentada por las fantasmas, sobre la cual se reflejaba la luz del piso superior, lo que indicaba que también velaban los que en él vivían. De pronto, vió a su lado a su padre, mientras el cochero y el criado con la escalera de mano, se alejaban silenciosamente.

El Sr. Lamprecht apoyó con fuerza sus manos en los hombros de su hija y señalando el reflejo de la luz del segundo piso sobre la pared frontera, murmuró:

— ¡Qué tranquilidad en medio de esta tormenta! Una tranquilidad digna de los que en ese piso habitan, mi suegra y mi cuñado... ¡Si ellos supiesen! Mañana habrá ahí arriba otra tempestad, tan horrible como esta que hace retremblar hasta los cimientos de nuestra vieja casa...

En esto apareció en el ángulo del pasadizo tía Sofía con su farol, y el Sr. Lamprecht interrumpió de pronto su discurso y estrechando la mano de Margarita le dijo:

— Hasta mañana, hija mía.

Y cogiendo la lámpara que tía Sofía había dejado encima de un mueble, entró en su cuarto.

Después de media noche, calmóse la tempestad; apagáronse los faroles de la población, y los vecinos se apresuraron a buscar el reposo que tenían bien merecido.

También en la casa de los Lamprecht reinó el silencio; únicamente Bárbara daba vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño; la indignación no le dejaba pegar los ojos. La fe verdadera y firme y la confianza habían desaparecido de este mundo; hasta los imbéciles del cochero y de Federico, el criado, charlaban al mismo diapason de los amos, sosteniendo que las pisadas que ella oyera en la galería no eran otra cosa que el ruido de los cuadros al ser arrojados por el viento contra el suelo. ¡Ellos, que poco antes estaban en la cocina más pálidos que la cera y juraban y perjuraraban que aquellos golpes y aquellos pasos sólo podían proceder de la condenada fantasma! Pero ¡paciencia! La desgracia por ella profetizada ocurriría, ¡vaya si ocurriría!

Al día siguiente la tormenta había cesado por completo; el sol bañaba con sus rayos de oro aquel campo de desolación y de ruina, desde las torres y los campanarios agrietados hasta las derribadas vallas de los jardines, y hacía relucir como brillantes los fragmentos de cristales que llenaban el pavimento de las calles.

Realmente la tempestad había causado grandes destrozos cuya reparación había de proporcionar durante mucho tiempo trabajo a los industriales.

Al amanecer, había llegado de Dambach un mensajero portador de malas nuevas.

El huracán había de tal modo maltratado el edificio de la fábrica, que era de temer que hubieran de suspenderse por larga temporada los trabajos. En vista de ello, el Sr. Lamprecht había marchado allí a caballo muy temprano.

Margarita, que todavía dormía cuando partió su padre, preguntó angustiada por éste a tía Sofía, la cual le dijo que se había levantado de muy buen talante y había tomado tranquilamente su café, y que si bien algunas arrugas de su frente denotaban en él cierta preocupación, nada tenía esto de extraño, porque al fin y al cabo el paro de la fábrica significaba un gran perjuicio y, por otra parte, habría de costarle mucho dinero la reparación de los desastres causados por la tormenta en el departamento de embalaje, que, vistos a la luz del día, resultaban mucho mayores de lo que se había imaginado.

Margarita bajó al patio, que ofrecía un aspecto desconsolador, y al mismo tiempo que ella apareció allí Herberto que, con botas de montar, espuelas y el látigo en la mano, se dirigió a la caballeriza. Sea que realmente no viera al anciano pintor, sea que opinase como la gente de su casa, para la cual no existía la familia que habitaba en el departamento de embalaje, es lo cierto que el consejero provincial entró en la cuadra sin contestar al cortés saludo del viejo Lenz que se hallaba cerca de la fuente.

El buen hombre, al parecer, había atravesado penosamente los montones de escombros que casi tenían aislada la parte del edificio por él habitada, con el único objeto de recoger los fragmentos de la ninfa de la fuente que el huracán había derribado y hecho pedazos, y acababa de encontrar entre la hierba la cabeza de la estatua cuando Margarita se acercó a él y le tendió la mano saludándole afectuosamente.

Siempre había ella querido al placentero anciano, en cuyos ojos se reflejaban, al través de los cristales de los anteojos, la bondad y la lealtad de su alma; y en aquel momento recordó emocionada aquella noche de su niñez, en que, presa del mayor desconsuelo y creyéndose abandonada de los suyos, había encontrado un asilo en casa de aquel hombre y experimentado una sensación de inefable bienestar al descansar su cabecita sobre su pecho. ¡Oh, aquello no lo olvidaría nunca!

El Sr. Lenz alegróse como un niño de volver a verla, y al preguntarle con interés Margarita por su esposa, le aseguró que en su casa todos estaban sanos y contentos, a pesar de que una parte de la vivienda se había quedado sin techo. La tormenta había causado muchos destrozos, pero el peor de todos ellos era el de la ninfa de la fuente, una obra de arte de gran mérito que siempre había sido su admiración.

Y mostrando la cabeza de la estatua que tenía entre sus manos, ponderó sus hermosas líneas, y ello le llevó a hablar de otras famosas estatuas femeninas de la antigüedad; tema que acogió con gusto Margarita, tanto más cuanto que el viejo pintor demostraba tener excelente criterio artístico...

En el entretanto, Herberto había reaparecido en la puerta de la cuadra y, después de haber saludado desde allí a Margarita, púsose a pasear lentamente bajo los tilos, en espera de que le ensillasen el caballo.

Margarita había contestado a su saludo con una ligera inclinación de cabeza; indignada de que el altivo burócrata no se acercase a ella y al viejo pintor, juzgó conveniente hacer ver a su tío que tampoco hacía ningún caso de él.

Y prosiguiendo su coloquio con el señor Lenz, acompañóle al través del patio hacia su casa, saltando por encima de los escombros y tendiendo al anciano las manos para ayudarle a salvar aquellos obstáculos. Aunque pesaba poco, los montones de cascote crujían y cedían bajo sus pies, y cada paso del Sr. Lenz le hacía vacilar, con riesgo de sufrir una caída.

Entonces pareció cobrar vida la marmórea figura de Herberto, quien, arrojando sobre la mesa del jardín su látigo, lanzóse apresuradamente adonde estaba Margarita y desde uno de aquellos montones extendió los brazos para sostener a la joven y ayudarla.

— ¡Por Dios, tío, no vengas! ¡Puedes romperte los guantes!, exclamó Margarita sonriendo y casi sin mirarle, pues tenía los ojos fijos en el viejo pintor que, después de un último esfuerzo, llegó sin novedad al término de su camino.

Una vez allí la joven despidióse cariñosamente de él y, ligera como una pluma, saltó de nuevo por encima de los escombros hasta que al fin se encontró en lugar seguro.

— Ha sido un acto de valor inútil que difícilmente nadie puede admirar, dijo fríamente Herberto mientras se quitaba una astilla que se le había clavado en la bota.

— ¿Un acto de valor?, repitió Margarita con acento de incredulidad. ¿Crees realmente que he corrido algún peligro? Estos escombros del suelo no pueden ya aplastar a nadie.

— Todo depende de la persona que se aventure por entre esos escombros, respondió Herberto mirando furtivamente la esbelta y flexible figura de su sobrina.

— ¡Ah! ¿De modo que para ti el bueno del señor Lenz es un hombre invulnerable física y moralmente? Lo digo porque para ayudarle a él no te moviste siquiera; como tampoco te moviste para contestar al cortés saludo que te ha dirigido.

Herberto miró fijamente a Margarita, en cuyos ojos brillaba amarga irritación.

— El saludo, respondió tranquilamente, es como la moneda; pasa de una mano a otra sin dejar rastro. Por consiguiente no vale la pena de negarlo a nadie. Pero si crees que es el orgullo lo que me mueve a no contestar un saludo te equivocas... Te aseguro que no había visto a aquel hombre.

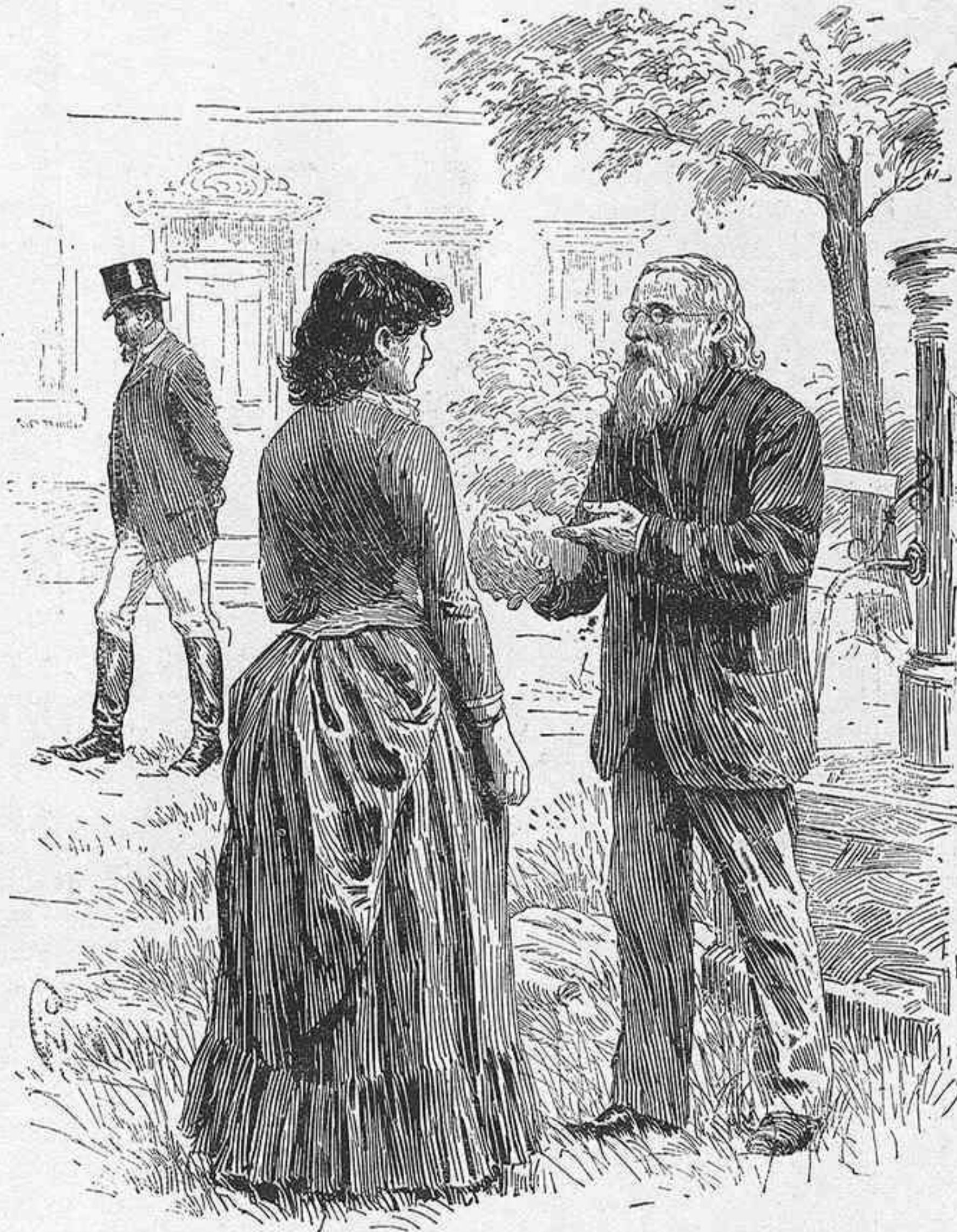
— ¿Ni siquiera cuando estaba junto a mí?

— ¿Qué, acaso querías que metiese mi baza en vuestra disquisición sobre la cabeza de la ninfa?, replicó Herberto con sonrisa burlona. ¿Te habría gustado que éste a quien no te cansas de dar el venerable título de tío hubiese hecho, a su edad, un papel ridículo?... No entiendo nada en estas materias de arte y aunque me interesaran, nunca he tenido tiempo de ocuparme en ellas.

— ¡Oh, sí, tiempo has tenido, y también ganas!, respondió riendo Margarita. Todavía estoy viendo allí, debajo de la ventana de la cocina, a un joven, buen mozo, con los bolsillos llenos de guijarros, que se pasaba horas enteras apedreando a la ninfa de la fuente.

— ¡Hola, hola! ¿Conque en tus recuerdos hay una época en que yo era para ti un joven?

— ¡Oh, de esto hace muchos años, tío! Era un tiempo en que el frac del diplomático no imponía aún la más absoluta reserva; en que el árbol de la cucaña por el que se encaraman los ambiciosos apenas se divisaba allá lejos y como envuelto en niebla; en que había fuego y pasión en tus ojos... y también en tus manos, según tuve ocasión de sentir allí, de



Y mostrando la cabeza de la estatua que tenía entre sus manos...

bajo de aquellos tilos. ¡Sabe Dios en qué rincón se pudre olvidada ahora la rosa blanca por cuya posesión luchaste un día con un ardor, con una irritación que ni que se hubiese tratado de la propia joven rubia de la galería enramada que la había dejado caer!

Margarita observaba con satisfacción cómo palidecía Herberto al oír sus palabras.

De todos los que adulaban al futuro señor ministro, al futuro pariente de la familia reinante, ninguno ciertamente se habría atrevido a recordarle aquella locura juvenil; por esto lo hacía ella con tanto mayor gusto, pensando que su tío debía sentirse avergonzado al comparar aquel primer amor entusiasta de otros tiempos con el egoísmo y la dureza de corazón de ahora.

Y sin embargo Herberto no parecía ni avergonzado ni conmovido. Volvióse de espaldas a Margarita y se puso a contemplar aquella galería derrumbada, por la que, años atrás, aparecía entre plantas y flores la joven más hermosa que pudiera imaginarse.

Todo había desaparecido como por arte de magia. Las enredaderas, que el tejado había arrastrado consigo en su caída, yacían sepultadas entre los escombros...

— ¿Y la joven? ¿Qué había sido de ella? Desde aquel día en que abandonó aquella casa, nadie había vuelto a tener noticias suyas.

— ¡Nada queda ya!, murmuró a media voz como perdido en sus recuerdos.

La misma sonrisa con que poco antes acogiera la alusión de su sobrina al árbol de cucaña asomaba ahora a sus labios mientras un ligero rubor teñía sus mejillas.

— No fué sólo la rosa, dijo con acento irónico, pero en el que se advertía cierta emoción: También guardo aún en mi cartera, como reliquias piadosamente conservadas un lazo de seda azul que arrancado un día por el viento de su rubia cabellera, vino a caer en el patio, y algunos pedacitos de papel estrujados por sus manos y arrojados desde la galería. ¡Pero es posible que te acuerdes del lance de la rosa!

— ¿Qué tiene de extraño?, replicó Margarita riendo. En aquella ocasión tu cólera muda me inspiró un miedo horrible... Además un niño no olvida nunca acciones como la que tú cometiste, es decir, esos actos de arbitrariedad contra los cuales se rebela su

espíritu de justicia. El entonces estudiante no cesaba de tronar contra el hurto y el robo, cuando los dedos de la «golosa Margarita» se deslizaban furtivamente en las fuentes llenas de fruta de la abuela; y sin embargo aquel puritano se apoderaba como un ladrón de lo que era propiedad de la hermosa Blanca y se lo escondía en el bolsillo.

— Y desde aquel día eres mi enemiga, dijo Herberto, sin poder contener la risa.

— No, tío; veo que tienes muy mala memoria. Nunca fuimos buenos amigos, ni aun antes del incidente de la rosa. Nunca has podido sufrir a la primogénita de tu hermana, y en su consecuencia yo he procurado lealmente hacerte rabiar cuanto he podido. Es esta, pues, una cuenta que siempre ha quedado noble y honradamente saldada.

Ensombrecióse el rostro de Herberto mientras hablaba Margarita y, cuando ésta hubo terminado, su semblante tenía una expresión grave.

— Está bien, dijo; quedamos en que nuestras cuentas de entonces están saldadas; sin embargo, ahora parece que te complaces en ajustármelas nuevamente.

— ¿Ahora, precisamente cuando pongo todo mi cuidado en respetarte por tu calidad de tío y por las dignidades de que estás investido?, respondió la joven sonriendo y encogiéndose de hombros. A lo que veo, me guardas rencor por mi impertinencia de recordarte el episodio de la rosa blanca, y confieso que en esto tienes razón porque he obrado con poco tacto. Pero mira qué cosa más extraña; desde que hablé hace un momento con el viejo Lenz, se me presenta tan vivo el recuerdo de un funesto día de mi infancia que no puedo alejarlo de mi memoria. Es el día en que vi por última vez a la hija del pintor; estaba pálida y con señales de haber llorado, y su rubia cabellera caía suelta sobre su espalda. Desde pequeña he sentido una debilidad casi insensata por las muchachas guapas; de tal manera que las esbeltas jóvenes griegas de nuestros días me

han interesado tanto como las estatuas desenterradas de los dioses, con gran disgusto de mi tío Teobaldo; y en Viena estuve largo rato persiguiendo por calles y callejones a una hermosa serbia. Y sin embargo, ninguna de estas imágenes ha conseguido borrar de mi imaginación la de Blanca Lenz... Ahora mismo, mientras hablaba con su padre, he estado a punto de preguntar a éste por ella; pero me he callado por temor de que el nombre de su hija pudiera serle doloroso... ¡Como la muchacha ha desaparecido tan en absoluto!.. Creo que nadie de esta casa sabe lo que ha sido de ella, a no ser...

Callóse y miró maliciosamente a Herberto.

— Ni yo tampoco sé nada de ella, dijo éste en un tono un tanto burlón; te lo aseguro. Desde aquella mañana en que partió de viaje y el «estudiante buen mozo», presa de una desesperación horrible, estuvo meditando sobre si valía realmente la pena de seguir viviendo o si era preferible dispararse un tiro en medio del corazón, no he vuelto a oír hablar de ella. Pero me ha sucedido lo mismo que a ti, que no he podido olvidarla durante mucho, mucho tiempo, hasta que de pronto... sentí el verdadero amor, pues aquello no había sido sino un amorío de los primeros años.

Margarita le miró estupefacta; había tanta verdad, tan profundo convencimiento en sus palabras, que no era posible dudar de la sinceridad de sus sentimientos.

Era evidente que Herberto amaba de veras a Eloísa de Taubeneck y que no aspiraba a su mano movido por el afán de encumbrarse, como aseguraban las malas lenguas; no, lo mismo habría hecho si Eloísa hubiese sido la hija de un pintor... Tenía, pues, razón su padre cuando aseguraba que Herberto, en medio de su ambición devoradora, de su ansia de elevarse por encima de los demás, desdeñaba los caminos tortuosos...

Durante aquel coloquio, el palafrenero se había asomado varias veces a la puerta de la caballeriza. Herberto al fin le vio y haciéndole traer el caballo montó en él.

— ¿Vas al palacio del príncipe?, preguntóle Margarita estrechando la mano que él le tendía.

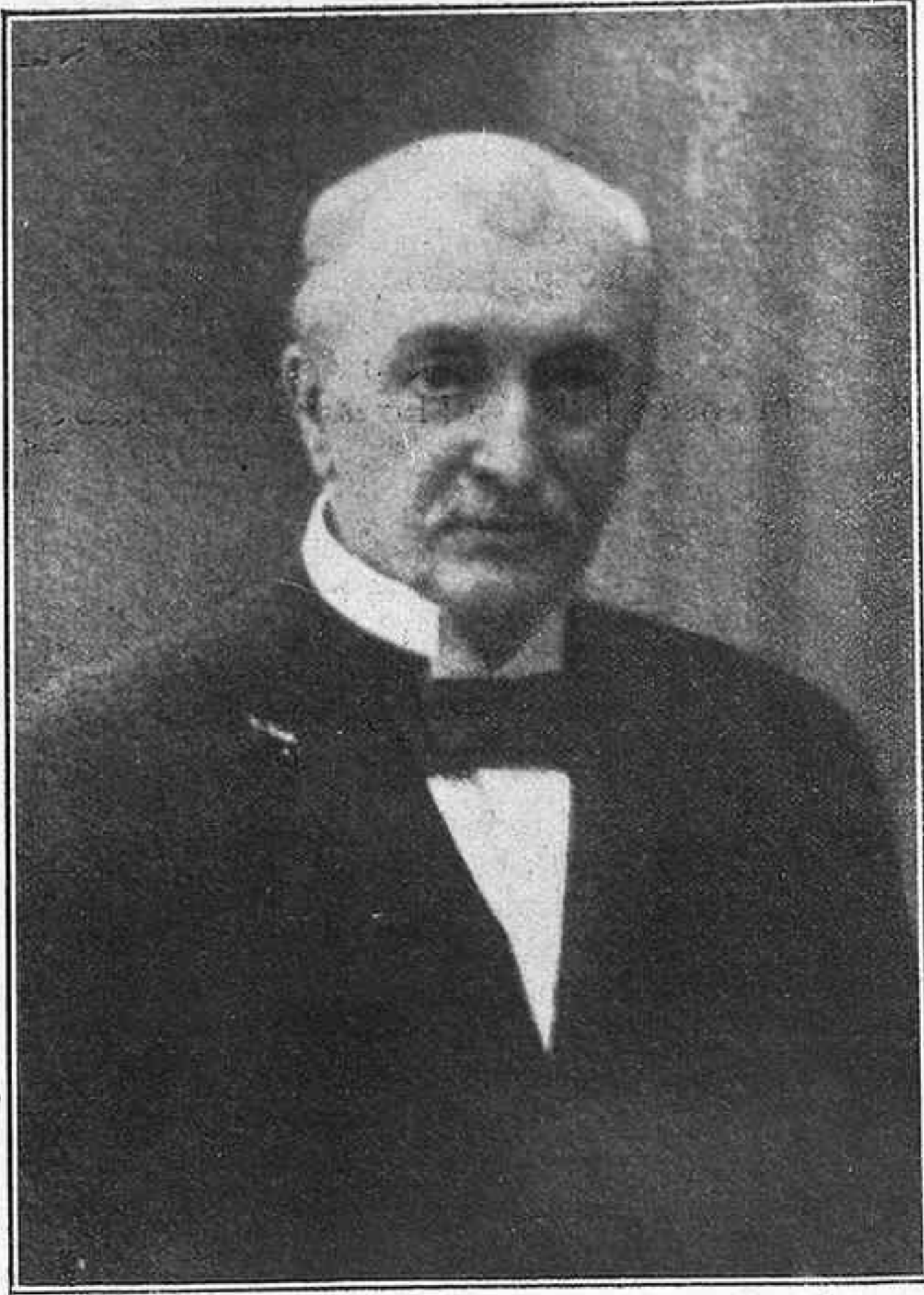
— Al palacio y aun más lejos, pues me han dicho que por allí ha causado la tormenta grandes daños; y, soltando suavemente la mano de Margarita, partió.

(Se continuará.)

EL BARÓN DE BUDBERG

El barón de Budberg, embajador de Rusia en España, era un distinguido diplomático y un correctísimo caballero perteneciente a una noble familia que descendía de los Budberg de Boeninghausen, de Westfalia, que en el siglo XIII emigraron a Curlandia.

Empezó su carrera en el ministerio de Negocios



El barón de Budberg, embajador de Rusia en España, recientemente fallecido en Madrid. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Extranjeros de Rusia, y con el príncipe de Lovanof fué secretario de embajada en Constantinopla, Londres y Viena.

En Viena ascendió a consejero de embajada y destinado como primer secretario a la embajada de su país en Berlín, ascendió a ministro plenipotenciario en Suecia. Finalmente el 5 de octubre de 1909 fué nombrado embajador en Madrid.

Celoso en el cumplimiento de su deber, pidió a su gobierno hace algunos meses su retiro, por encontrarse muy delicado de salud, habiendo sido designado para sustituirlo el príncipe J. Kaudacheff, que hasta ahora había sido ministro de Rusia en Bélgica.

El entierro del barón de Budberg, a cuyo cadáver se tributaron honores de capitán general, ha constituido una gran manifestación de duelo a la que se asoció todo el elemento oficial, el Cuerpo Diplomático extranjero y numerosas personalidades políticas y de la alta sociedad de Madrid. Llevaban las cintas del féretro el vicepresidente del Senado marqués de Portago, el vicepresidente del Congreso D. Pascual Amat, el jefe superior de Palacio marqués de la Torrecilla, el subsecretario de Estado marqués de Amposta, el tenientegeneral Sr. Ochando, el almirante de la Armada Sr. Sánchez Lobatón, el embajador de Italia conde Bonin Longare y el ministro plenipotenciario de Bélgica barón Grenier.

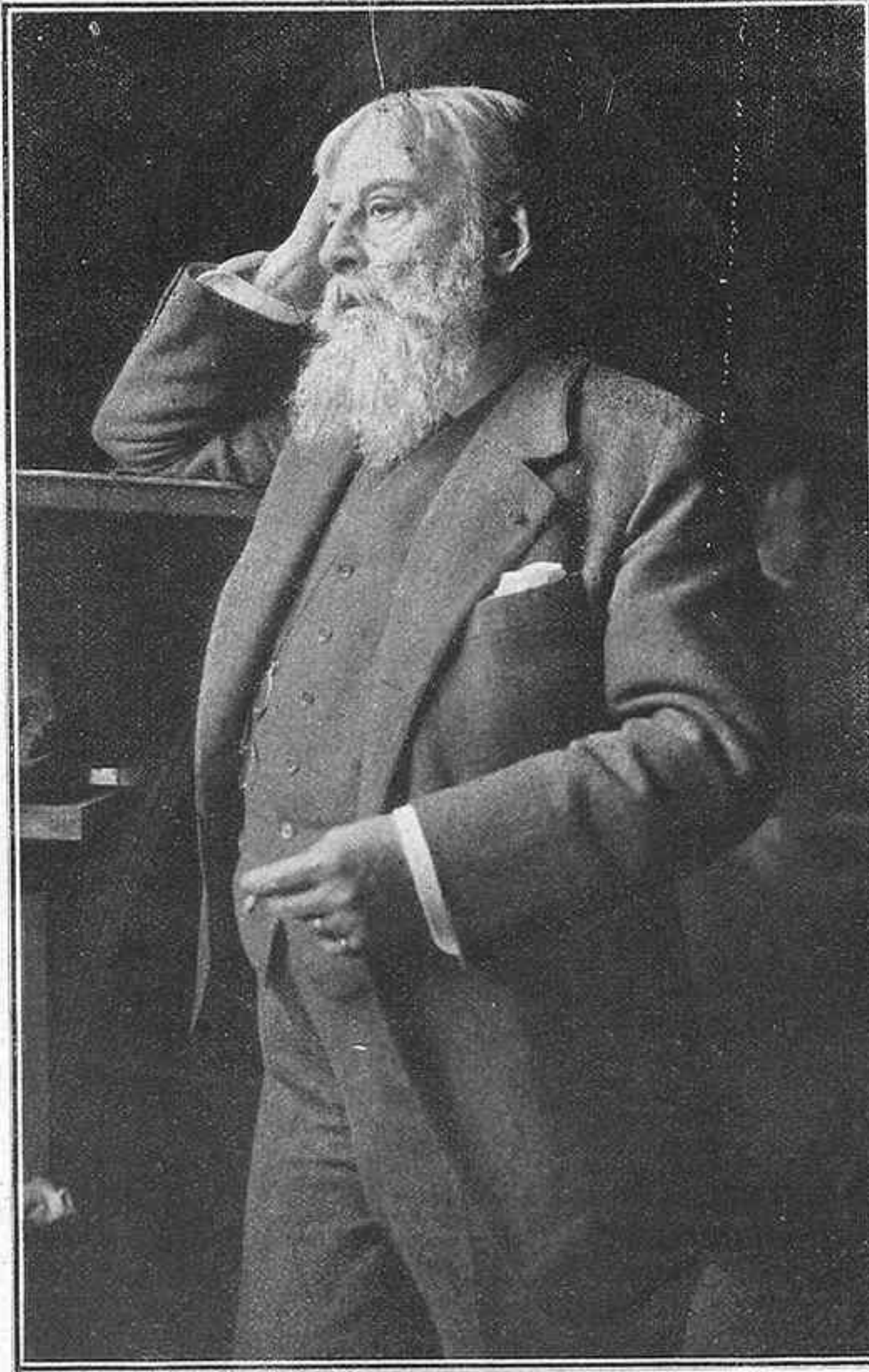
La presidencia del duelo estaba formada por el Infante D. Carlos, en representación de Sus Majestades y Altezas; el encargado de negocios de Rusia Sr. Solovieff; el cónsul general de Rusia en Barcelona príncipe Gagarin, en representación de la familia del finado; el gobierno de S. M. representado por el presidente del Consejo y los ministros de la Guerra y Hacienda, los jefes de Palacio marqués de Viana, duque de Santo Mauro, príncipe Pío de Saboya y general

Aznar, los embajadores de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, los ministros plenipotenciarios del Brasil, Colombia, Cuba, China, República Dominicana, Japón, México, Nicaragua, Países Bajos, Panamá, Perú, Portugal, Rumania, Suiza, Suecia y Venezuela, y los encargados de negocios de la República Argentina y Noruega.

El cadáver del barón de Budberg recibió sepultura en el cementerio británico.

EL EMINENTE ACTOR FRANCÉS
MOUNET-SULLY

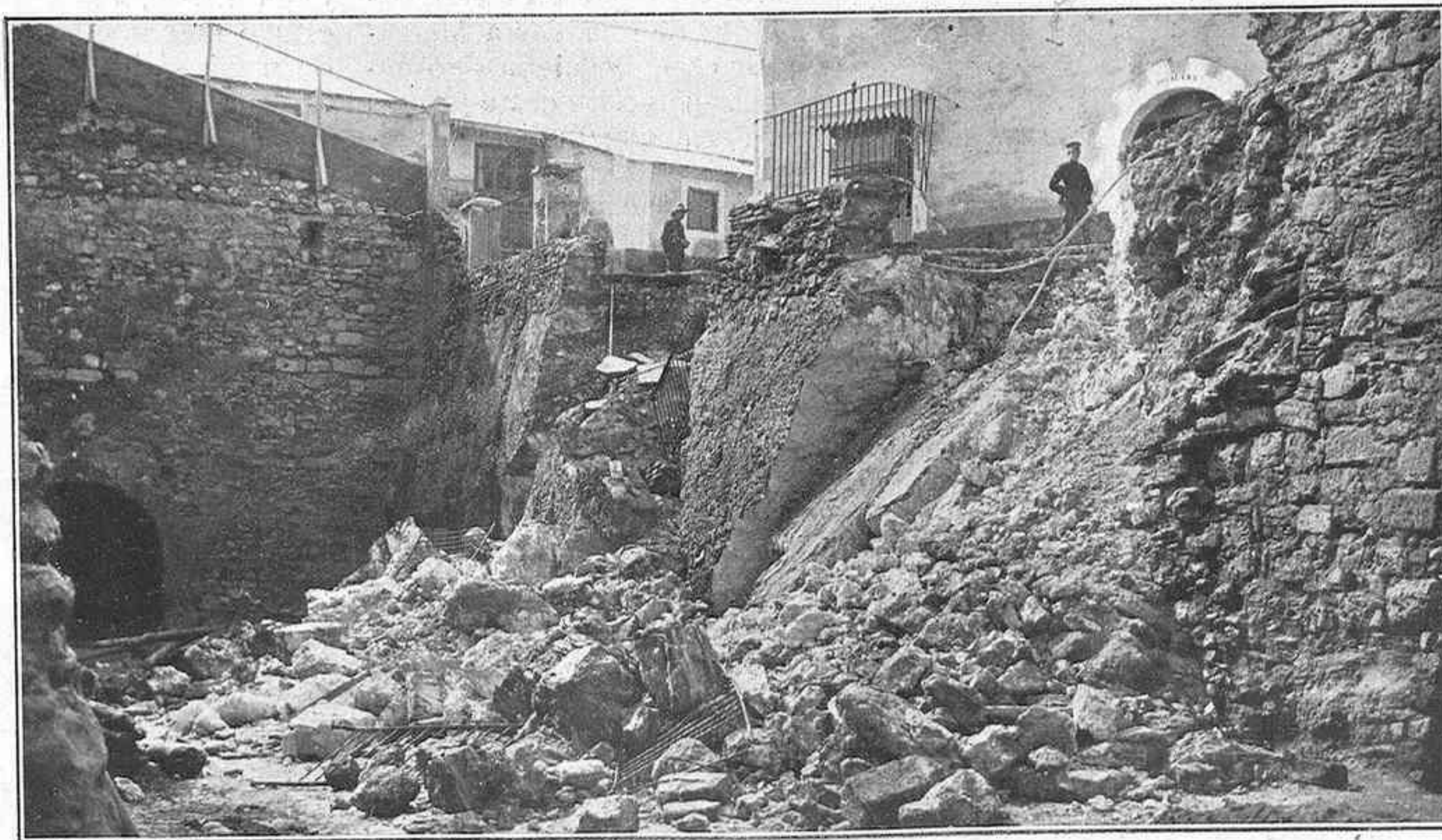
Juan Sully Mounet, que en el teatro tomó el nombre de Mounet Sully, nació en Bergerac en 1841 y estudió en el Conservatorio de París, en donde fué discípulo de Bressant y de donde salió en 1868, habiendo obtenido un primer accésit de tragedia y un segundo premio de comedia. Aquel mismo año, des-



El eminente actor Mounet-Sully, decano de la Comedia Francesa, fallecido recientemente en París. (De fotografía de Branger.)

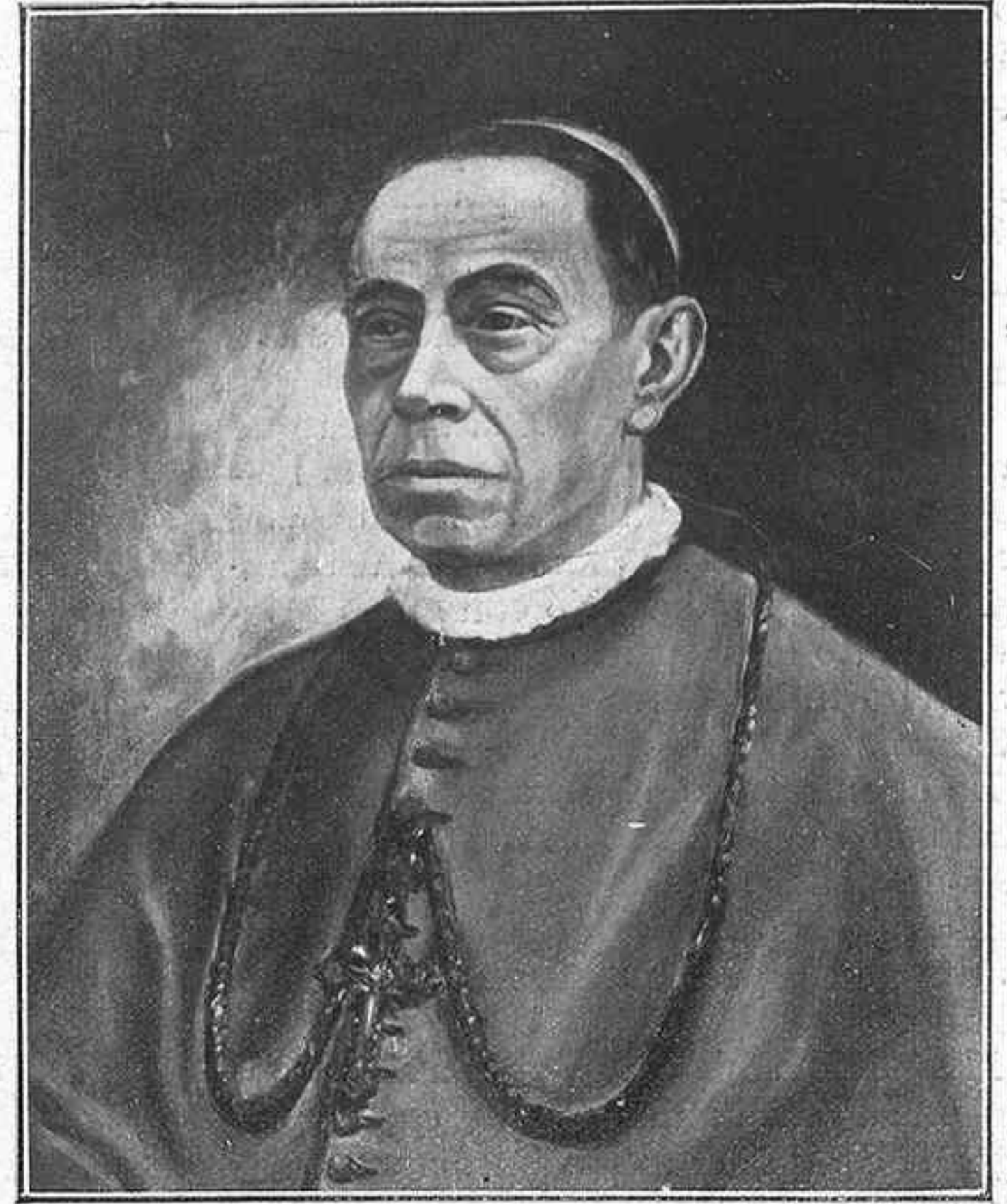
pués de haber debutado modestamente en las *Matinées Ballande*, entró en el Odeón, pero no obtuvo en aquel teatro el éxito que ambicionaba.

La guerra de 1870 interrumpió su carrera; Mounet-Sully partió para el ejército del Loire y ascendió



Melilla. - Hundimiento del piso del patio del cuartel de San Fernando, a consecuencia de los temporales (De fotografía de Lázaro.)

a oficial de guardias móviles; terminada aquélla, volvió a París, y no habiendo podido lograr del director del Odeón condiciones aceptables, disponíase a abandonar la escena, cuando Bressant lo hizo entrar



El Excmo. e. Ilmo. Dr. D. Valeriano Menéndez Conde, arzobispo de Valencia, recientemente fallecido en aquella ciudad. (Fotografía de Barberá Masip.)

en la Comedia Francesa. Allí debutó en 1872 con el papel de Orestes de la tragedia *Andrómaca* de Racine, y obtuvo un grandioso éxito.

A partir de aquella fecha, toda la historia del ilustre artista va unida a la de la llamada Casa de Molière, de la que fué nombrado socio en 1874 y decano en 1894, y en la que ha permanecido hasta el fin de su vida, dando en ella siempre ejemplo de abnegación y de laboriosidad. Su carrera ha sido una serie no interrumpida de triunfos, y la tragedia tuvo en él uno de sus más excelsos intérpretes.

Hablando de las cualidades que adornaban a Mounet-Sully, ha escrito un distinguido crítico parisiense: «Unía a un maravilloso instinto del teatro un pensamiento siempre despierto, siempre joven, siempre sano, y un alma ardiente, nunca fatigada, verdadero foco cuya llama pura irradiaba tanto calor como luz sobre la obra entera que el artista interpretaba, al modo que un pintor interpreta con sus colores y sus pinceles la naturaleza misma. Había comprendido que el arte del actor exige de éste a la vez el análisis y la síntesis del personaje que quiere hacer revivir: análisis en el estudio del carácter, de las pasiones, de los sentimientos; síntesis en la ejecución, que sólo debe presentar a los espectadores los valores que caracterizan la obra del dramaturgo.»

EL ARZOBISPO DE VALENCIA

DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE

El ilustre prelado recientemente fallecido en Valencia era una de las figuras más eminentes del episcopado español por sus virtudes, por su bondad y por su profunda ciencia.

Había nacido en Luña (Oviedo) el 24 de noviembre de 1848, de una familia humildísima, y estudió la carrera sacerdotal de limosna en el seminario de su país natal y en el de Santiago. Recibió el presbiterado en 1873, obtuvo un modesto curato en Galicia y fué profesor en el seminario de Valdediós. Al ir a Santiago para doctorarse, supo que se efectuaban las oposiciones para cubrir la vacante de canónigo magistral de aquella basílica, y habiendo tomado parte en ellas, ganó la plaza.

El 25 de noviembre de 1887 fué nombrado obispo titular de Tamasso y

auxiliar de Toledo; después fué en Madrid provicario general castrense, y el 21 de marzo de 1904 pasó a ocupar la sede episcopal de Tuy.

Fué preconizado arzobispo de Valencia el 28 de



Barcelona. Salón Parés. - Exposición de cuadros al óleo del reputado pintor francés Fernando Larroche. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

mayo de 1914, habiendo tomado posesión de aquella sede el día 6 de noviembre de aquel mismo año.

Sacerdote de gran piedad y de extraordinario celo, trabajaba sin descanso en el cuidado de su diócesis y en el cumplimiento de sus altos deberes, y consagraba al estudio y a las obras de caridad los escasos ratos que aquellas tareas le dejaban libre.

Era un gran teólogo, un eminente filósofo y un notable escritor cuyas pastorales, en las cuales ponía todo su fervor religioso, llamaban poderosamente la atención. Por sus bondades y por su celo apostólico habíase conquistado el cariño, el respeto y las simpatías de sus diocesanos.

Al cadáver del arzobispo Sr. Menéndez Conde se rindieron honores de capitán general, formando las tropas la carrera y haciéndose los disparos de artillería de ordenanza.

El entierro constituyó una imponente manifestación de duelo a la que se asoció toda Valencia.

HUNDIMIENTO EN MELILLA

A consecuencia de las lluvias y temblores de tierra, se han hundido las cuevas que servían para la comunicación de las antiguas fortalezas de la plaza de Melilla y por efecto de este hundimiento ha cedido el piso del patio del cuartel en donde estaba alojada la brigada disciplinaria, produciéndose el enorme boquete que puede verse en el grabado que publicamos en la página anterior. Afortunadamente no ocurrieron desgracias.



BARCELONA

EXPOSICIÓN LARROCHE

El notable pintor francés Sr. Larroche ha expuesto en el Salón Parés veinticinco cuadros y cuatro apuntes: los primeros son vistas de Avila, Segovia, Madrid, Venecia y lago de Nemi; los segundos son notas tomadas del mercado de Avila.

En todas estas obras demuestra el Sr. Larroche que sabe ver, observar y sentir el natural, pues en todas ellas nos da una verdadera impresión de las cosas vividas, conservando en cada una el carácter genuino que la distingue. Demuestra, además, una sinceridad y una probidad que, tratándose de cosas de España, no suelen ser comunes en los artistas extranjeros que recorren nuestra patria, buscando sólo lo pintoresco y sacrificando la verdad en aras de la consecución de efectos más o menos justificados y plausibles.

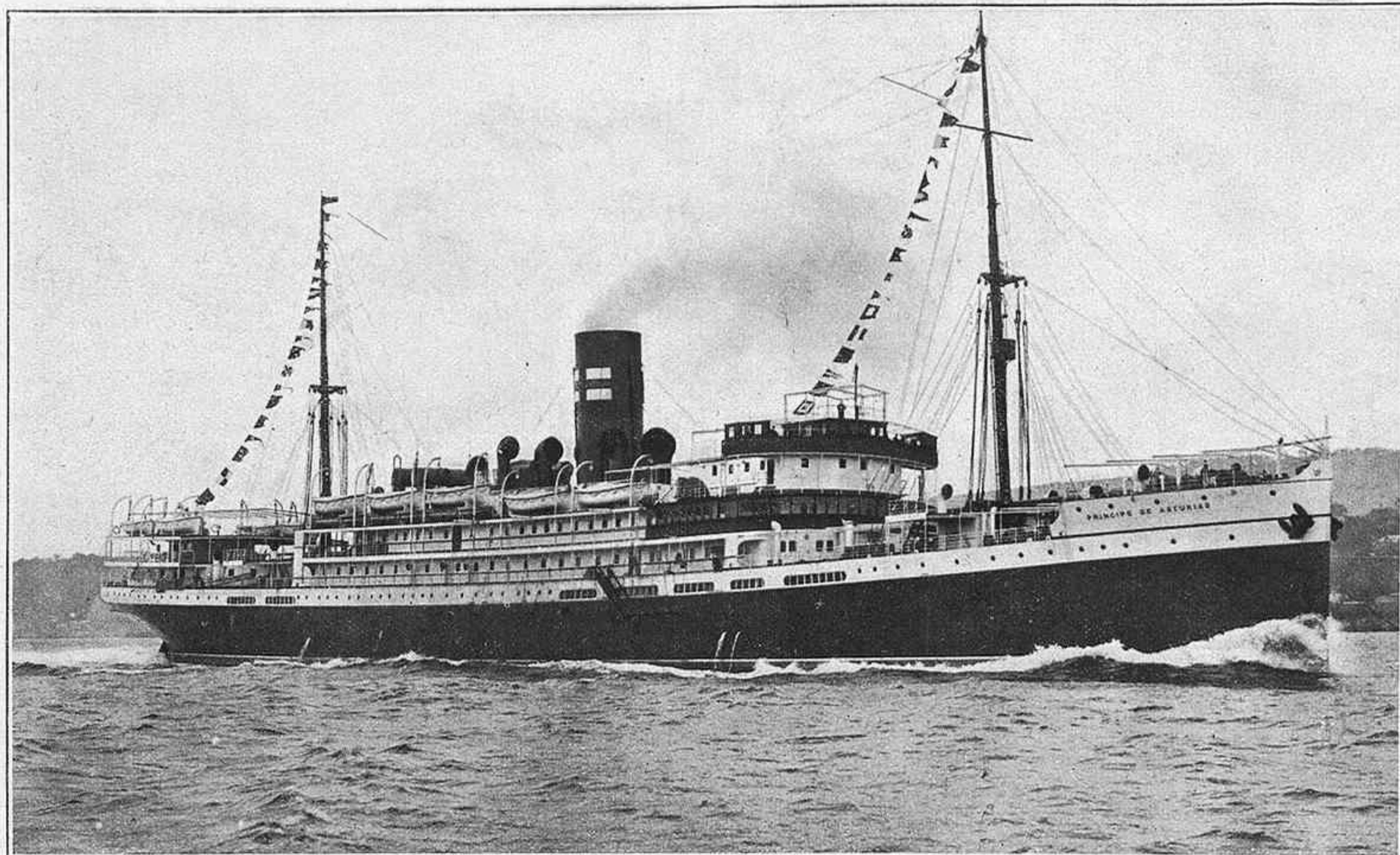
Los lienzos expuestos son justos de color y de perspectiva, estando en ellos perfectamente entendida la luz y ofreciendo bellísimos contrastes de matices. La factura es fácil y adecuada a los respectivos temas; en algunos es simplemente abocetada, pero esto no obsta para que produzcan grata impresión en quien los contempla, gracias a la habilidad técnica desplegada por el autor.

Entre los cuadros que con más justicia llaman la atención citaremos las cuatro vistas de Avila tituladas *La Santa saliendo de San Juan*, *La procesión en la calle de San Segundo*, *La iglesia de Santo Domingo* e *Interior de la ermita de San Martín*.

Se conoce que papá no ha leído este anuncio.

Ehrmann.

EL NAUFRAGIO DEL «PRÍNCIPE DE ASTURIAS». (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



El transatlántico *Príncipe de Asturias*, de la sociedad Pinillos, Izquierdo y Compañía, que ha naufragado en aguas del Brasil, habiendo perecido en el naufragio 107 tripulantes y 318 pasajeros. — El capitán del buque D. José Lotina, que se suicidó al ver que era imposible salvar el barco

El magnífico trasatlántico *Príncipe de Asturias* se ha ido a pique en la madrugada del día 5 del actual, a consecuencia de haber tropezado con una roca en aguas del Brasil, cerca del cabo Boy, al Oeste de la isla de San Sebastián y a 50 millas del puerto de Santos.

Según el relato de los sobrevivientes, el capitán del buque D. José Lotina, al darse cuenta del choque y ver la imposibilidad de proceder a ninguna operación de salvamento, se suicidó y lo propio hizo el primer oficial de a bordo D. Antonio Salazar.

La rapidez con que ocurrió el siniestro, pues apenas transcurrieron cinco minutos entre el momento en que se produjo el choque y el hundimiento del buque, y la circunstancia de hallarse descansando el pasaje por haber sucedido la catástrofe en las primeras horas de la madrugada, fueron causa de que el número de salvados fuese relativamente reducido y el de víctimas tan considerable. Muchos pasajeros no tuvieron tiempo siquiera de abandonar sus camarotes, y de los que pudieron llegar a cubierta y se arrojaron por la borda, casi ninguno pudo salvarse porque desaparecieron en el remolino producido al hundirse el vapor, que también arrastró a las primeras lanchas que aun se hallaban a su lado.

En los primeros momentos acudieron a prestar auxilio al *Príncipe de Asturias* el barco de guerra brasileño *Vega* y el vapor español *Patricio Satrustegui*, de la Compañía Trasatlántica, los cuales efectuaron el salvamento de muchos naufragos.

El cónsul de España en Santos, así que tuvo noticia del suceso trasladóse al sitio de la catástrofe; el telegrama por él di-

rigido al ministro de Estado dice que se salvaron 57 tripulantes y 86 pasajeros y que perecieron 107 de los primeros y 318 de los últimos.

El capitán del *Príncipe de Asturias*, D. José Lotina, era natural de Plencia (Vizcaya), tenía treinta y cuatro años y hacía quince que prestaba sus servicios en la casa Pinillos, Izquierdo y Compañía. Había entrado en ella de agregado, pasando rápidamente por los grados de tercero, segundo y primer oficial y por sus relevantes cualidades obtuvo el mando del *Martín Sanz* en su viaje de Nueva Orleans a Barcelona. Mandó después el *Cádiz* y del mismo pasó como inspector de la construcción del *Príncipe de Asturias*, buque que ha mandado desde su primer viaje hasta su trágico fin. Deja viuda y cuatro hijos que residen en Barcelona.

El primer oficial, D. Antonio Salazar iba en este viaje de interino y servía a la Compañía desde hacía seis años.

El *Príncipe de Asturias* había sido botado en los astilleros de Kingston, de Glasgow, y había realizado su primer viaje el 30 de abril de 1914; medía 477 pies de eslora, 58 de manga y 39 de puntal desde la quilla a la cubierta de abrigo; desplazaba 16.500 toneladas, y tenía dos máquinas gemelas de cuadruple expansión, que desarrollaban una fuerza de 8.000 caballos. Su tonelaje bruto era de 10.000 toneladas. Había costado doscientas mil libras esterlinas.

El casco, dividido en compartimientos estancos, era de doble fondo en toda su extensión.

Podía conducir cómodamente 150 pasajeros de primera clase, 120 de segunda, 120 de segunda económica y 1.500 emigrantes.

Tenía lujosísimo comedor y hermosos y cómodos salones de música y de fumar, una bien surtida biblioteca, camarotes de lujo con salón, dormitorio, cuarto de baño y tocador; baños, lavabos y retretes para todas las clases del pasaje, todo ello instalado con arreglo a las más modernas exigencias de la higiene. Había también en él instalación de radiotelegrafía, hospital, sala de infecciosos, sala de operaciones con un completo instrumental quirúrgico, farmacia, etc.

La dotación del *Príncipe de Asturias* se componía de 188 tripulantes, muchos de ellos catalanes y domiciliados en Barcelona, en la barriada de la Barceloneta; por esta circunstancia, la pérdida del buque, que ha sido sentidísima en toda España, ha producido especial consternación en nuestra capital.

S. M. el Rey D. Alfonso XIII al enterarse de la catástrofe envió a la sociedad Pinillos, Izquierdo y Compañía el siguiente telegrama:

«La Reina y yo, profundamente conmovidos al conocer la triste noticia del naufragio del *Príncipe de Asturias*, compartimos de corazón el dolor por la pérdida de tantas y tan preciosas vidas. Le ruego transmita a las familias de las víctimas la expresión de nuestro pésame más sincero y de nuestra simpatía en tan angustiosos momentos.»

También S. A. la Infanta D.^a Isabel telegrafió asociándose a la pena y lamentando la desgracia.

Los presidentes de la República Argentina y de la República de Portugal han enviado a S. M. el Rey sentidos telegramas de pésame por la catástrofe del *Príncipe de Asturias*.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secetos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B^{is} St-Denis, 46

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DOSES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas
Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Descherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.
Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

HIPOFOSFITOS SALUD
COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria